

Mauors in lingua. Hombres de acción y hombres de palabras en la épica romana*

Antonio Río TORRES-MURCIANO

Universidad Nacional Autónoma de México

antonio_rio@enesmorelia.unam.mx

Recibido: 6 de octubre de 2014

Aceptado: 7 de noviembre de 2014

RESUMEN

El propósito de este artículo es estudiar el modo en que la oposición entre hombres de palabras y hombres de acción fue explotada y, al mismo tiempo, puesta en cuestión por los poetas épicos romanos. Las ambigüedades que pueden desestabilizar una distinción neta entre ambos tipos fueron advertidas por Virgilio en el debate entre Drances y Turno (*Aen.* 11.336ss.) y enfatizadas por Ovidio en el juicio de las armas (*Met.* 13.1ss.), e impregnan las contiendas verbales de Anón y Magón en Silio Itálico (8.246 ss.; 11.501 ss.) y de Meleagro y Áyax Telamonio en Valerio Flaco (3.645ss.).

Palabras clave: Épica romana. Virgilio. Ovidio. Silio Itálico. Valerio Flaco.

Río TORRES-MURCIANO, A., «*Mauors in lingua*. Hombres de acción y hombres de palabras en la épica romana», *Cuad. Fil. Clás. Estud. Lat.* 34.2 (2014) 195-223.

Mauors in lingua. Men of action
and men of words in Roman epic

ABSTRACT

This paper is aimed at studying the way in which the opposition between men of words and men of action was exploited and at the same time called into question by Roman epic poets. The ambiguities which can destabilize a net distinction between both types were pointed out by Virgil in the the debate between Drances and Turnus (*Aen.* 11.336ff.) and stressed by Ovid in the judgment of the arms (*Met.* 13.1ff.), and pervade the verbal contests of Hanno and Mago in Silius Italicus (8.246ff.; 11.501ff.) and of Meleager and Ajax Telamonius in Valerius Flaccus (3.645ff.).

Keywords: Roman epic. Virgil. Ovid. Silius Italicus. Valerius Flaccus.

Río TORRES-MURCIANO, A., «*Mauors in lingua*. Men of action and men of words in Roman epic», *Cuad. Fil. Clás. Estud. Lat.* 34.2 (2014) 195-223.

SUMARIO: 1. Introducción. 2. Virgilio. 3. Silio Itálico. 4. Valerio Flaco. 5. Ovidio. 6. Conclusiones. 7. Referencias bibliográficas.

* Este estudio, algunos de cuyos resultados fueron presentados en las IV Jornadas Mexicanas de Retórica (Cuernavaca, 21 y 22 de mayo de 2014), es producto del proyecto PAPIIT RA400313, financiado por la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la Universidad Nacional Autónoma de México.

1. INTRODUCCIÓN

En el héroe homérico ideal, la maestría con la palabra y la pericia en el arte de la guerra, la elocuencia persuasiva en el consejo y el valor probado en el campo de batalla, se compaginan como dos dimensiones inseparables. Aparecen, en cambio, como ámbitos opuestos en una serie de debates entre hombres de palabras y hombres de acción que, en pos del de Drances y Turno (VERG.*Aen.* 11.336-444), se suceden en la épica romana, como son el de Ulises y Áyax (OV.*Met.* 13.1-383), el de Anón y Magón (SIL.11.501-611) y el de Meleagro y Telamón (VAL.FL.3.637-716). Veremos, sin embargo, que la antítesis entre hombres de lengua y hombres de mano, establecida en estas contiendas verbales mediante evocaciones del enfrentamiento de Ulises a Tersites (HOM.*Il.*2.212-277) y de las versiones de la disputa por las armas de Aquiles desfavorables al Ítaco, resulta mucho menos rígida de lo que pudiera parecer, y que los épicos romanos, comenzando por Virgilio, han explotado las ambigüedades que la comprometen.

2. VIRGILIO

A propósito de Tersites se ha notado que su innegable habilidad retórica, reconocida mediante una concesiva por Odiseo (λιγύς περ ἐὼν ἀγορητής, HOM.*Il.*2.246), en la medida en que es empleada para criticar sin juicio (ἀκριτόμυθε, 246), medida (ἀμετροεπής, 212) ni orden (ἔπεα ... ἄκοσμά, 213; οὐ κατὰ κόσμον, 214) a sus superiores, constituye un ejemplo de «verbal dexterity put to wrong purposes» (Roisman 2007, p.431). Aquí nos interesa, empero, incidir no tanto en la diferencia entre «merely skilled rhetoric» y «right rhetoric» (Roisman 2007, p.440) como en la idea, implícita en Homero, de que, como apuntó con acierto Barck (1976, pp.99-100) y ha repetido recientemente Easton (2011, p.354), las palabras de Tersites no están corroboradas por hazañas de guerra¹. Néstor es calificado por el narrador, al igual que Tersites por el Laertiada, como ‘orador de clara voz’ (λιγύς ἀγορητής, HOM.*Il.*1.249), pero la autoridad del anciano consejero se fundamenta en el κλέος que este ha alcanzado mediante las gestas marciales llevadas a cabo durante su juventud². Y el propio Odiseo es, sí, hombre de consejo, pero también hombre de acción, tal como afirma un soldado innominado en el preciso momento en que los aqueos ríen tras el golpe propinado a Tersites por el Ítaco (ἦ δὴ μυρί’ Ὀδυσσεὺς ἐσθλὰ ἔοργε / βουλᾶς τ’ ἐξάρχων ἀγαθὰς πόλεμόν τε κορύσσων, 2.272-273)³, quien, en contraste con el con-

¹ Precisa, a mayor abundamiento, Fantuzzi (2012, p.272) que «even when he (*sc.* *Tersites*) claimed military prowess (2.231), his physical deformity (2.215-24) unavoidably made difficult to take him seriously».

² El mismo narra cómo tomó parte en la centauromaquia (1.259-273), en las guerras de los pilios contra los arcadios (11.605-803) y en los juegos fúnebres en honor de Amarinceo (23.630-642), así como su duelo victorioso con Ereutalión (7.132-156).

³ Abunda en la experiencia de Odiseo como guerrero el hecho de que el narrador, una vez castigada la insolencia de Tersites, se refiera a aquel como ‘saqueador de ciudades’ (πτολίπορθος, 278), como bien ha notado Roisman (2007, p.434). Aun cuando Aquiles parece tender una sombra de duda sobre Odiseo cuando le

trahecho lenguaraz, encarna cumplidamente la combinación de la pericia verbal con la destreza bélica que, según el aristocrático código de valores que informa la *Iliada*, debe darse en el héroe perfecto⁴. No así Tersites, cuyo carácter de hombre de palabras vanas, *i. e.* no respaldadas por hechos de armas, perdura en aquellos personajes de la épica romana en quienes resuena con mayor o menor pujanza el eco de su insolencia.

En el caso de Drances, el antagonista del Turno virgiliano cuyas semejanzas con Tersites han sido reiteradamente señaladas⁵, su ineptitud para la guerra se enfrenta explícitamente a su maestría con la palabra por boca del narrador (*lingua melior, sed frigida bello / dextera, Aen.* 11.338-339)⁶, y en tal contraposición se basa en gran medida la respuesta que a su atrabiliaria intervención ante el consejo de los latinos da el Rútulo (*Aen.* 11.378-444). Tras afearle que ‘llene la curia de palabras’ mientras el enemigo asedia las murallas (*non replenda est curia verbis, 380*)⁷, le reprocha que haga uso de su acostumbrada facundia cuando la guerra ‘pide manos’ (*larga quidem*

dice que odia a ‘quien piensa una cosa y dice otra’ (Il.9.312-313), la oposición entonces propuesta se da entre pensamientos y palabras, no entre hechos y palabras.

⁴ Acerca de este doble ideal, que encuentra dos de sus expresiones más notables en la observación de Néstor acerca de la excelencia de Agamenón y de Aquiles (περὶ μὲν βουλὴν Δαναῶν, περὶ δ’ ἐστὲ μάχεσθαι, I.258) y en las instrucciones acerca de la educación de este dadas por Peleo a Fénix (τοῦνεκά με προέηκε διδασκόμεναι τὰδε πάντα, / μύθων τε ῥητῆρ’ ἔμειναι πρηκτῆρά τε ἔργων, 9.442-443), *vid.* Barck 1976, pp.84-110. Los ámbitos respectivos de la acción y de la palabra quedan, con todo, deslindados en unas palabras dirigidas por Patroclo a Meriones (ἐν γὰρ χερσὶ τέλος πολέμου, ἐπέων δ’ ἐνὶ βουλῇ, 16.630); *vid.* Hardie 2007, p.389.

⁵ En pos de la interpretación de La Penna (1971, p.286, 1979, p.158; reiterada en 1985a, pp.139-140 y 1991, pp.115-117), Fantham (1999, p.265n.19) se inclina a entender la noticia del narrador acerca del *incertum genus* paterno de Drances (*genus huic materna superbum / nobilitas dabat, incertum de patre ferebat* 11.340-341) en el sentido de que sería un *homo nouus* hijo de madre noble y padre plebeyo, y afirma en consecuencia que «the absolute difference of class precludes seeing Thersites as a model for his role» (*ib.*, p.266), pero Easton (2011, p.258) identifica en la incertidumbre del linaje un rasgo que comparte Drances con Tersites, del que no se da a conocer patronímico alguno. La diferencia social podría, además, ser menor de cuanto sostiene la lectura tradicional que ve en este a un soldado de tropa, pues se lo ha considerado también un aristócrata venido a menos (Ebert 1969) o incluso un par de Odiseo y de Aquiles (Marks 2005). Es cierto que, como ha afirmado Highet (1972, pp.248-251), Drances aparece dignificado con respecto a su modelo por el tono más refinado que emplea, pero los paralelismos entre uno y otro no quedan oscurecidos ni por esto ni por el hecho de que, como apuntaron Knauer (1964, pp.422-423, 436-437) y Mueller (1969, p.286) y demostró detenidamente Burke (1978, pp.16-18), el retrato del personaje virgiliano se complique con reminiscencias de consejeros homéricos mejores y de mayor rango que Tersites, como Polidamante y Antenor (*vid.* también La Penna 1991, p.114). Acerca de las posibles correspondencias entre Drances y algunos protagonistas de la historia romana, con respecto a las cuales Fantham (1999, p.266) se muestra escéptica, *vid.* Quinn (1968, p.241), La Penna (1971, p.287), La Penna (1985a, p.140), La Penna (1991, pp.117-118), Grandsen (1991, p.14), Hardie (1998, p.245), Smith (2005, p.141) y Hardie (2012, p.147).

⁶ De modo análogo a como la envidia, implícita en Tersites, se hace explícita en Drances (*Drances idem infensus, quem gloria Turni / obliqua inuidia stimulisque agitabat amaris* 11.336-337), tal como ha puesto de manifiesto Easton (2011, pp.355-358). Fantham (1999, p.265) colige de la referencia del narrador a la diferencia de edad entre Drances y Turno (*senior semperque odiis et crimine Drances / infensus iuueni Turno, 11.122-123*) que el primero parece ver en el segundo un *newcomer* que le resta peso a su autoridad. Es preciso, con todo, tener en cuenta que esta carece de fundamento en hazañas de guerra, por lo que, en todo caso, es radicalmente diversa de la que tiene entre los aqueos el anciano Néstor.

⁷ Planteamiento este que, mediante un eco, señalado por Hardie (1998, p.248), del reproche de Iris a Príamo (αἰεὶ τοὶ μῦθοι φίλοι ἄκριτοὶ εἰσιν, / ὣς ποτ’ ἐπ’ εἰρήνης πόλεμος δ’ ἀλίαστος ὄρωρεν, Il.2.796-797) remite, como ya antes las palabras de Latino al abrir el concilio (*Aen.* 11.302-304), al τόπος homérico de la inutilidad de las palabras cuando la ocasión requiere acciones. *Cf. infra* n. 12.

semper; Drance, tibi copia fandi / tum cum bella manus poscunt, 378-379), ironiza sobre lo poco que condice el ‘tronar’ de su elocuencia (*tona eloquio [solitum tibi]*, 383)⁸, al acusarlo a él de cobarde, con los logros de su ‘diestra’ (*quando tot stragis acervos / Teucrorum tua dextra dedit*, 384-385) y, en un provocador oxímoron, le pregunta si a Marte lo ha de tener siempre ‘en la lengua’ (389-391)⁹:

*an tibi Mauors
uentosa in lingua pedibusque fugacibus istis
semper erit?*

Esta antítesis rotunda entre el poder de la elocuencia y el de la acción es extraña a Homero¹⁰, pero se encuentra metonímicamente expresada en términos de ‘lengua’ (γλῶσσα) frente a ‘mano’ (χείρ) ya en el *Filoctetes* de Sófocles (96-99)¹¹:

καὐτὸς ὦν νέος ποτὲ
γλῶσσαν μὲν ἀργόν, χεῖρα δ’ εἶχον ἐργάτιν:
νῦν δ’ εἰς ἔλεγχον ἐξιὼν ὀρῶ βροτοῖς
τὴν γλῶσσαν, οὐχὶ τάργα, πάνθ’ ἠγουμένην.

No deja de ser una ironía de la tradición literaria el hecho de que, en la tragedia sofoclea, sea precisamente Odiseo, el héroe excelente a la par por el consejo y la acción que en la *Iliada* había hecho frente al deslenguado Tersites, quien reconozca cínicamente, ya viejo, el superior poder de la ‘lengua’¹². Podría percibirse aquí una pervivencia de cierta tendencia homérica, constatada por Barck (1976, pp.85-88), a asignar a los jóvenes el campo de la acción y a los ancianos, largamente experimentados ya en este, el del consejo, siempre que no se pase por alto el hecho de que el Odiseo de Sófocles, en su afán por corromper al muchacho Neoptólemo, es una es-

⁸ La nota de Servio *ad loc.* (*non strepitu armorum*) invita a hallar en la expresión *tonare eloquio* una manifestación más de la antítesis elocuencia / destreza militar que permea toda la argumentación del Rútulo, y una anticipación del oxímoron de los vv. 389-390.

⁹ En contraste con esto, la Victoria no rehúye las ‘manos’ de Turno, según lo que él mismo afirma poco más adelante (*non adeo has exosa manus Victoria fugit*, 436). El paralelismo textual (*lingua uana ... pedes fugaces*) que se puede hallar tanto en las *Epistulae ad Caesarem* (2.9.2) como en la *Inuectiva in Ciceronem* (3.5) atribuidas a Salustio ha constituido uno de los principales argumentos para sostener la identificación entre Drances y Cicerón propuesta por Turnebus (1564, lib.32 cap.13), defendida por McDermott (1980) y, más matizadamente, por Scholz (1999) pero considerada extraña a las posibilidades interpretativas de los contemporáneos de Virgilio por La Penna (1971, p.288). Más lejano parece el recuerdo de los esclavos lenguaraces y huidizos de la comedia traído a colación por Connolly (2010, p.83).

¹⁰ Hay en la *Iliada* pares de héroes que en determinados pasajes se presentan como más dotados, respectivamente, para la elocuencia o para la acción, como Patroclo y Aquiles (11.787-789) y Polidamante y Héctor (18.252), pero se trata en todo caso de una cuestión de proporción. *Vid.* Barck (1976, pp.88-97).

¹¹ El empleo del vocablo χείρ para expresar el segundo término de la oposición palabras / hechos es, como ha hecho ver Barck (1976, pp.121-146), recurrente en Homero, que no utiliza, sin embargo, γλῶσσα como metonimia por ‘elocuencia’.

¹² En algunos pasajes de Homero se diría, en cambio, que se le otorga preferencia a la acción sobre la palabra (*e. gr.* *Il.* 2.342-343; 16.630-631), aunque, como ha notado Barck (1976, pp.97-99), no se trata de una superioridad absoluta sino relativa, motivada por las circunstancias que en un momento dado hacen inútil el debate.

pecie de anti-Néstor, un Laertiada bien diferente del de Homero cuya transformación en villano hay que achacar, como señaló Stanford (1954, pp.52-55, 93-94), a Píndaro (*N.7.20-30, 8.23-34; I.4.34-39*), quien lo había acusado de haber vencido con su locuacidad engañosa (σοφία δὲ κλέπτει παράγοισα μύθοις, *N.7.23; μέγιστον δ' αἰόλω ψεύδει γέρας ἀντέταται, N.8.25*) a Áyax Telamonio, varón 'inepto con la lengua pero fuerte de corazón' (ἤ τιν' ἄγλωσσον μὲν, ἦτορ δ' ἄλκιμον, *N.8.24*) en la querrela que enfrentó a ambos por las armas de Aquiles, a pesar de ser claramente inferior en el campo de batalla (*N.8.32*). Subyace además a la caracterización que hace Sófocles de Odiseo, como bien pone de manifiesto Kennedy (2011, pp.48-49), el juego de oposición de la palabra (λόγος) a la acción (ἔργον) caro a la sofística, sobre cuya reiteración construye Antístenes, autor del cual se han conservado sendos discursos puestos en boca de los pretendientes de las armas del Pelida, la argumentación de Áyax¹³. Y el carácter de agrio debate entre el hombre de palabras y el hombre de acción que ha adquirido este viejo episodio del Ciclo épico mencionado en la *Odisea* (11.541-564)¹⁴ permite ver en él un modelo que pudo haber utilizado Virgilio para construir la discusión entre Drances y Turno¹⁵.

¹³ El Telamonio comienza, en efecto, su alegato reprochando a los jueces, que, ignorando los hechos, juzgen a partir de discursos (ἐβουλόμην ἂν τοὺς αὐτοὺς ἡμῖν δικάζειν οὔτερ καὶ ἐν τοῖς πράγμασι παρῆσαν· οἶδα γὰρ ὅτι ἐμὲ μὲν ἔδει σιωπᾶν, τοῦτ' ὁ δ' οὐδὲν ἂν ἦν πλέον λέγοντι· νῦν δὲ οἱ μὲν παραγενόμενοι τοῖς ἔργοις αὐτοῖς ἄπεισιν, ὑμεῖς δὲ οἱ οὐδὲν εἰδότες δικάζετε. καίτοι ποία τις ἂν δίκη δικαστῶν μὴ εἰδόντων γένοιτο, καὶ ταῦτα διὰ λόγων; τὸ δὲ πρῶγμα ἐγίνετο ἔργῳ, 1.1-7 Bekkert), e insiste más adelante en esta idea añadiendo que la guerra requiere acción y no palabras (ἐγὼ μὲν οὖν ὑμῖν λέγω τοῖς οὐδὲν εἰδόσι κριταῖς καὶ δικασταῖς, μὴ εἰς τοὺς λόγους σκοπεῖν περὶ ἀρετῆς κρίνοντας, ἀλλ' εἰς τὰ ἔργα μᾶλλον. καὶ γὰρ ὁ πόλεμος οὐ λόγῳ κρίνεται ἀλλ' ἔργῳ· οὐδ' ἀντιλέγειν ἔξεστι πρὸς τοὺς πολεμίους, ἀλλ' ἢ μαχομένους κρατεῖν ἢ δουλεύειν σιωπῇ· πρὸς ταῦτα ἀθρεῖτε καὶ σκοπεῖτε· ὥς, εἰ μὴ δικάσετε καλῶς, γνώσεσθε ὅτι οὐδεμίαν ἔχει λόγος πρὸς ἔργον ἰσχὺν, 7.1-8 Bekkert) y que sólo por falta de hechos se pronuncian largas alocuciones (οὐδ' ἔστιν ὑμᾶς ὅ τι λέγων ἀνήρ ὠφελήσει, εἰσεσθε δὲ ἀκριβῶς ὅτι δι' ἀπορίαν ἔργων πολλοὶ καὶ μακροὶ λόγοι λέγονται, 8.1-3 Bekkert). A mayor abundamiento, la antítesis entre palabras y hechos aparece, como ha señalado La Penna (1991, p.123), en la historiografía romana, tanto en términos de *facta* frente a *uerba* (*facta mea, non uerba uos, milites sequi uolo*, Liv.7.32) como en términos de *manus* frente a *lingua* (*lingua quam manu promptior*, Sall. *Iug.*44.1). El arte del *bellator* prevalece, de hecho, sobre la del *orator* incluso cuando la oposición deja paso a la complementariedad (Plin.*Nat.*7.140); *vid.* Alexander (2010, p.98).

¹⁴ No debió de haber debate entre Áyax y Odiseo en la *Pequeña Iliada*, donde las armas se le adjudican al Laertiada tras haber escuchado la conversación de unas troyanas que hablaban de los méritos de uno y otro héroe (West 2013, pp.174-176); carecemos, por lo demás, de datos que permitan establecer el cariz de la contienda verbal en la *Etiópida*, donde quizás esta se produjera ante un tribunal formado por prisioneros troyanos (West 2013, p.159) –como se afirma en la *Odisea* (11.547), en Filóstrato (*Her.*11.3), en Quinto de Esmirna (5.157) y en Tzetzes (*Posthom.*485)– o en la tragedia esquilea *Όπλων κρίσις*, que acaso seguía esta versión (Welcker 1829, p.53) y no la de Píndaro y Antístenes, según la cual la decisión recae en los aqueos, aun cuando el trágico ateniense parece haber compartido con el lírico beocio la simpatía hacia Áyax (Stanford 1954, p.103). Dada la estrecha identificación que se da en Homero entre pensamiento y palabra (*vid.* Barck 1976, pp.25-31), no parece descabellado pensar que haya influido en la configuración de la contienda de Odiseo y Áyax como duelo entre hombre de palabras y hombre de acción el νεῖκος de Odiseo y Aquiles a que se hace referencia en la *Odisea* (8.75-82), lance que, según han conjeturado Nagy (1999, p.54-5) y Cook (1995, pp.28-31), podría haber constituido una disputa acerca de la eficacia del ingenio (μητις), defendida por el Laertiada, frente a la de la fuerza (βίη), vindicada por Aquiles.

¹⁵ Abundando en esta idea, sugerida por Anderson (1969, p.100n.3), Puccioni (1985, p.147), identificó en la ironía con la que Turno invita a Drances a demostrar su habilidad guerrera contra los enemigos (*Aen.*11.383-391) un eco del proverbial sarcasmo (Αἰάντειος γέλως) empleado por el Telamonio contra Odiseo en algunas

En principio, tanto la información proporcionada por el narrador acerca de las habilidades de Drances como las increpaciones que le lanza Turno nos inclinan a identificar al primero, hombre de palabras (*lingua*) con Odiseo y al segundo, hombre de acción (*dextra*) con Áyax. Se opera así una curiosa *contaminatio* por la cual Drances es Tersites, el antagonista de Odiseo en la *Iliada*, y a la vez Odiseo, el antagonista de Áyax en la disputa por las armas de Aquiles¹⁶. Ya advirtió, sin embargo, Burke (1978, p.18) que la atribución de papeles es menos rígida de lo que pudiera parecer, toda vez que «both Vergilian characters may also be seen as sharing the attributes of Odysseus». Con su *ethos* homérico¹⁷, Turno da cuerpo hasta cierto punto, sí, al tipo del héroe viejo, el héroe de acción, frente el héroe nuevo, el héroe de palabras que, encarnado en el Odiseo del juicio de las armas, resultaba tan poco agradable a la sensibilidad aristocrática de Píndaro y de Antístenes¹⁸. Pero ¿es realmente el caudillo Rútulo un hombre ‘de mano’ y no ‘de lengua’? ¿Se muestra como tal en su enfrentamiento con Drances?

Mientras que el Odiseo de Homero, tras haber amenazado a Tersites con azotarlo en caso de que persista en su actitud, pasa directamente a la acción para golpearlo con el cetro (*II.2.265-266*), Turno no sólo rechaza expresamente la posibilidad de causar daño a Drances con su ‘diestra’ (*numquam animam talem dextra hac (absiste moueri) / amittes, Aen.11.408-409*)¹⁹, desmintiendo así los temores insinuados por este (348), sino que se revela como un orador notable –bien alejado tanto del Áyax ἄγλωσσος de Píndaro como del de Antístenes²⁰– al confrontarse con Drances en el campo propio

versiones trágicas del episodio, apreciación que ha sido precisada por Hardie (2012, p.148; *cf.* Hardie 1998, p.262), con referencias al *Armorum iudicium* de Acio (115-117 Warmington) y al *Áyax* de Cárcino.

¹⁶ La posible identificación entre Odiseo y Tersites se haya irónicamente esbozada, por lo demás, en Sófocles (*Ph.438-445*), cuyo Neoptólemo piensa instintivamente en el Laertiada al oír hablar a Filoctetes de ‘un hombre indigno, terrible y sabio con la lengua’ (ἀναξίου μὲν φωτὸς ἐξερήσομαι / γλώσση δὲ δεινοῦ καὶ σοφοῦ, 439-440) que no es otro que el famoso insolente homérico. *Vid.* Austin (2011, pp.93-96).

¹⁷ Fantham (1999, p.273), afirma que el rechazo de Turno a la avenencia con los troyanos propuesta por Drances es digna tanto de Aquiles como de los romanos que se negaron a rendirse a los cartagineses tras las derrotas del Trebia, el Ticino y el Trasimeno, para terminar, no obstante, afirmando que «through the heroic ethos and emotional pathos of Turnus’ speeches ... Virgil has shown the Italian pursuing an outdated, egocentric quest for glory and destructive battle code more fitted to the heir of Achilles than to Hector’s successor» (*ib.*, pp.278-279). No debe, sin embargo, pasarse por alto que el hecho de que, precisamente en la respuesta de Turno a Drances, convivan ecos Homéricos que lo asimilan a Héctor (*II.12.231-250; 18.285-309*) con otros que lo acercan a Paris (*II.3.59-75; 6.333-341; 7.357-364*) ahonda en la complejidad del retrato del Rútulo ofrecido por Virgilio, como bien ha puesto de manifiesto Burke (1979, pp.17-18).

¹⁸ Kennedy (2011, pp.61-75) ha rebatido la *communis opinio* según la cual la simpatía de Antístenes estaría con Odiseo (*e. gr.* Stanford 1954, p.98), demostrando que su Áyax encarna una filosofía de la excelencia de raigambre aristocrática como la que este discípulo de Gorgias parece haber defendido a juzgar por los numerosos fragmentos conservados, en uno de los cuales se afirma que la virtud es cuestión de hechos y no de palabras (τήν τ’ ἀρετὴν τῶν ἔργων εἶναι, μήτε λόγων πλείστων δεομένην μήτε μαθημάτων, D.L.6.11).

¹⁹ Momento francamente teatral del discurso de Turno en el que este, en palabras de Hardie (1998, p.248), «uses his battle-tested right hand in the service of his rhetorical *actio*».

²⁰ Kennedy (2011, pp.41-42) ha hecho ver cómo, en perfecta coherencia con su desprecio de la palabra, el Áyax de Antístenes hilvana un discurso torpe e incluso agresivo con los jueces, cuya extensión es de la mitad que la del de Odiseo. El de Turno, en cambio, dobla, como nota Anderson (1996, p.100), la extensión del de Drances (67 y 33 versos respectivamente).

de este, el de la elocuencia²¹, volviendo diestramente contra su contrincante las mismas expresiones por él utilizadas²². La ironía del caso, bien notada por Hardie (1998, p.248), estriba en que al hablar –que no actuar– así se ha dejado contaminar por Drances²³. Se ha pasado al lado de la ‘lengua’²⁴, y abunda en esta percepción el hecho de que, en la *peroratio* de su discurso, retuerza una vez más las palabras de su adversario para evitar aceptar resueltamente el duelo con Eneas²⁵, en el que la victoria ha de ser –según ha sido vislumbrada por el Anquisiada mediante una condicional irreal ante la embajada latina de la que formaba parte el propio Drances– producto del favor de la divinidad o de la ‘diestra’ del vencedor (*uixet cui uitam deus aut sua dextra dedisset*, 11.118). Mas la elocuente réplica de Turno no impide que el relato vaya encaminándose a su resolución en la dirección propuesta por Drances, y el Rútulo, que no ahorrará jactanciosas referencias al vigor de su diestra a lo largo del libro duodécimo²⁶, se acordará de que debería refutar con esta las palabras de su acusador (*dextra nec Drancis dicta refellam?*, 12.644) –cosa que no hizo en su momento– cuando ya todo esté perdido para los latinos²⁷. Llegado el combate singular, la espada de Turno se romperá

²¹ La superior cualidad retórica del discurso de Turno fue notada ya por Heyne (1793, *ad Aen.* 11.376): *Ceterum in hac Turni oratione, multo etiam magis quam in altera Drancis, saeculi sui genium artibus rhetoricis imbuti declaravit Maro. Nec quicquam in Graecis, multo minus in Homero, reperiri arbitror, quod ad artem declamatoriam propius spectet.* Cf. Heinze (1915, p.426) y Highet (1972, pp.59-65).

²² Puesto que Drances lo ha acusado de estar ya vencido (*pulsus abi*, 366), aduce la derrota de la tropa de Evandro para refutarlo (*pulsus ego? aut quisquam merito, foedissime, pulsum / arguet...*, 391-393), y retoma como interrogativa (*nulla salus bello?*, 399) la misma frase empleada como enunciativa contra él por su adversario (*nulla salus bello*, 362).

²³ Incluso Fantham (1999), que opina que la introducción de Drances viene a equilibrar por contraste el retrato negativo de Turno que se halla en el libro décimo (p.269), reconoce a propósito del discurso de Turno que «as we review the moral coloring of this speech in detail, it emerges that Drances has done more than redefine the terms of debate and so prejudice the readers: his provocation has contaminated Turnus' largely persuasive deliberative proposal with side issues of personal enmity and pride that detract from the heroic ethos of his response» (p.272).

²⁴ Feeney (1990, p.184) entiende que el comentario del narrador que sigue inmediatamente a la intervención de Turno y precede a la llegada del mensajero que interrumpe el concilio (*illi haec inter se dubiis de rebus agebant / certantes: castra Aeneas aciemque mouebat*, 445-446) sitúa a los latinos en su conjunto en el ámbito de la palabrería inútil, frente a la diligencia de un Eneas que es, él sí, hombre de hechos.

²⁵ Drances termina su discurso exhortando a Turno a aceptar el combate singular (*si patrii quid Martis habes, illum aspice contra / qui uocat*, 374-375), y este concluye el suyo retomando las palabras de su antagonista para zaherirlo una vez más, pero no para admitir sin ambages el enfrentamiento con el Troyano (*solum Aeneas uocat? et uocat oro; / nec Drances potius, siue est haec ira deorum, / morte luat, siue est uirtus et gloria, tollat*, 442-444). Su aceptación, aunque patéticamente precedida de una *devotio* verbal (440-442) es en todo caso condicionada (*quod si me solum Teucri in certamina poscunt / idque placet tantumque bonis communibus obsto*, 434-435) e irónica, como ya señaló Servio (*hinc apparet eum nolle pugnare: si placet, inquit, vobis hoc fieri quod hostis postulat, ad Aen.* 11.435), y se produce tras la enumeración de las fuerzas y los aliados con los que aún pueden contar los latinos para proseguir la guerra por los medios habituales (429-433). Quinn (1968, p.244) propone ingeniosamente que la reluctancia de Turno se debe quizás a que, una vez que Juno ha frustrado su primer encuentro con Eneas (10.685-688), no espera salir vivo del segundo.

²⁶ Dos veces menciona su propia *dextra* al aceptar finalmente ante Latino el combate singular (*aut hac Dardanium dextra sub Tartara mittam*, 14; *et nos tela, pater, ferrumque haud debile dextra / spargimus*, 50-51), y otra al apostrofar a su lanza en el fragor de la batalla (*te Turni nunc dextra gerit*, 97).

²⁷ Al recuerdo de Drances sigue el momento en que Turno rechaza la posibilidad de huir y se decide a afrontar la muerte (645-649), con lo que el héroe resulta hasta cierto punto elevado después de que, con mayor o menor

y este emprenderá la huida en cuanto vea su ‘diestra inerme’ (*dextramque aspexit inermem*, 734), diestra de la que no podrá valerse ya para luchar, aunque sí para suplicar en vano (*dextramque precantem / protendens*, 930-931)²⁸ –y, naturalmente, con palabras (*oro* 933)– cuando haya caído en poder de Eneas, con lo que realizará, como agudamente ha notado Smith (2005, p.146), un gesto muy parecido a aquel descrito por él mismo con tintes deshonorosos para rechazar el pacto con los troyanos propuesto por Drances (*oremus pacem et dextras tendamus inertis*, 11.414).

El desarrollo de los acontecimientos en el libro duodécimo muestra que, aun cuando Drances ha resultado vencido por Turno en el terreno de la ‘lengua’, este triunfo del Rútulo ha sido meramente temporal, ya que, cuando al fin tiene lugar el duelo con Eneas que Drances le exigía, es derrotado por el Anquisiada, y de manera no precisamente decorosa, en el terreno de la ‘mano’. Podría decirse que en su confrontación con Drances Turno menospreció deliberadamente sus propias habilidades como hombre de palabras, y que en su guerra contra Eneas sobreestimó ingenuamente sus propias posibilidades como hombre de acción. Y la constatación de que sus enérgicas palabras ante el consejo de los latinos, en el que se había retratado a sí mismo como hombre de ‘mano’ y no de ‘lengua’, no encuentran en el instante decisivo confirmación en sus acciones hace que su figura se dibuje a la postre con líneas no del todo ajenas a las que, según sus propias afirmaciones, conforman la de Drances, hombre de ‘lengua’ y no de ‘mano’. Esta dicotomía, establecida rígidamente tanto por Sófocles en su *Filoctetes* como por Antístenes en su reelaboración retórica del *armorum iudicium*, pero extraña a Homero, ha quedado desestabilizada en la *Eneida*, donde un personaje de la talla heroica de Turno, desde el momento en que por un lado esgrime contra Drances la antítesis estricta entre hombre de palabras y hombre de acción y por otro renuncia a hacer callar al lenguaraz mediante un acto violento –cosa que sí había hecho el Odiseo de la *Iliada* al golpear a Tersites, expulsándolo definitivamente de la narración épica²⁹–, enzarzándose con él en una pugna verbal, corre el riesgo de confundirse peligrosamente con su contrincante³⁰.

consciencia, haya estado evitando el encuentro con Eneas (Mueller 1969, p.279). Mas Easton (2011, p.358) ha llamado la atención sobre el hecho de que a este pasaje se añade inmediatamente una alocución llena de reproches contra el Rútulo, como es la que le dirige a este su aliado Sacas para reconvenirlo por no acudir en socorro de la ciudad de Latino atacada por los troyanos (12.650-671), empleando, como han subrayado Highet (1972, p.59) y Hardie (1998, p.248n.21), una exhortación (*miserere tuorum*, 12.653) ya proferida por Drances (11.365).

²⁸ Esta ambivalencia del término *manus* en el léxico de la guerra fue notada por Servio a propósito del momento del discurso de Turno en que este afirma que la Victoria no rehúye sus manos (11.436; *cit. supra* n.9): *et bene manus per quas fit ipsa uictoria. et contra ‘manus dare’ dicuntur qui dedunt se uicti*.

²⁹ De manera aún más expeditiva rechaza Aquiles a Tersites cuando lo mata por haberle reprochado su repentino amor por Pentésilea, en un episodio de la *Etiópida* acerca de cuya relación con el de Odiseo y Tersites en la *Iliada* vid. Marks (2005, pp.17-23) y West (2013, pp.140-143). La propia *Eneida* ofrece, por lo demás, un ejemplo de rauda reacción violenta a la insolencia verbal en la conducta de Ascanio, quien castiga las impertinencias de Numano con la inmediata muerte del descomedido (*Aen.*9.590-637) sin ahorrarse una antítesis expresa entre *uerba* y *uirtus* (*i. uerbis uirtutem inlude superbis*, 634), en un pasaje que Hardie (1998, pp.248, 260) ha confrontado con la falta de una respuesta factual por parte de Turno a la palabrería de Drances.

³⁰ Peligro contra el que, en coherencia con el aristocrático rechazo de la contienda verbal mostrado en su *Áyax*, advierte Antístenes en una de las máximas a él atribuidas: οὐκ ἀντιλέγοντα δεῖ τὸν ἀντιλέγοντα παθεῖν,

3. SILIO ITÁLICO

En la *Eneida*, la narración de la controversia entre Drances y Turno se dispone de manera muy parecida a como se estructura en la *Ilíada* el altercado entre Tersites a Odiseo: el retrato del insolente –etopeya y prosopografía en Homero (2.211-220), etopeya en Virgilio (11.336-342)– precede a la intervención de este, que va inmediatamente seguida de la réplica de su antagonista, recogidas ambas en estilo directo. Silio Itálico, en cambio, desdobra este esquema para conformar por un lado (8.242-262) la etopeya de Varrón –el belicoso cónsul *popularis* que, al lograr que las admoniciones de su colega, el optimate Emilio Paulo, heredero de la prudencia estratégica de Fabio Máximo *Cunctator*, sean desoídas, llevará a Roma al desastre de Cannas– y por otro (2.270-377; 11.501-611) los dos debates suscitados en el senado cartaginés por Anón, enconado enemigo de los planes guerreros de Aníbal.

En ningún momento se produce en las *Púnicas* una ríspida contienda verbal entre los cónsules de 216 a. C. análoga a las causadas por Tersites y por Drances, pero las siluetas superpuestas del uno y del otro se perciben claramente bajo las líneas con las que traza Silio su despectivo retrato de Varrón³¹. Si Virgilio, subsanando el silencio de Homero acerca del linaje de Tersites, había hecho a Drances noble, al menos, por su madre, Silio recalca lo deslucido de la prosapia del cónsul (*illi sine luce genus surdumque parentum / nomen*, 8.246-247), y subraya a continuación su habilidad y falta de mesura con la ‘lengua’ (*et immodice uibrabat in ore canoro / lingua procax*, 247-248) y su riqueza (*hinc auctus opes largusque rapinae*, 248), rasgo este que comparte con su precursor virgiliano (*largus opum*, *Aen.* 11.338)³². Diez versos más abajo, la deuda con el Mantuano se hace palpable en la oposición metonímica *lingua / dextra* con que rubrica el épico flavio su descripción de las artes de Varrón (258-262):

*idem, ut turbarum sator atque accendere sollers
inuidiam prauusque togae, sic debilis arte
belligera Martemque rudis uersare nec ullo
spectatus ferro, lingua sperabat adire
ad dextrae decus atque e rostris bella ciebat.*

ἄλλὰ διδάσκειν· οὐδὲ γὰρ μαινόμενον αντιμαίνόμενος τις ἰᾶται (Stob.2.2.15). Acerca de los paralelismos, señalados ya por los antiguos, que acercan a Tersites y a Aquiles, a pesar de que el primero es presentado por Homero (*Il.* 2.220) como enemigo del segundo, *vid.* La Penna 1971, pp.292-293 (=1991, p.120) y Hardie (1998, p.260).

³¹ Acerca de otros modelos del Varrón siliano, como pueden ser el Curión y el Pompeyo lucaneos, y de las concomitancias que presenta con otros personajes de las *Púnicas* como Flaminio y Aníbal, *vid.* Ariemma (2009). Sobre el modo en que Varrón y Paulo se intercambian los papeles de Polidamante y Héctor, *vid.* Cowan (2007, pp.16, 20n.59).

³² Ariemma (2009, pp.255-256) entiende que «Varro’s patrimony increases through his associations with extreme elements in the *plebs* (*hinc*), who plunder the wealth of others»; pero quizás habría que referir el *hinc* a cuanto lo precede inmediatamente (*immodice uibrabat ... lingua procax*) e inferir que, a pesar de lo bajo de su cuna, Varrón ha acumulado gracias a su desvergonzada elocuencia unas riquezas a las que no tenía derecho (idea implícita en *rapina*). A este respecto, no estaría de más recordar que, según la lectura del *armorum iudicium* que se remonta a Píndaro, Odiseo ganó por medio de la facundia la propiedad de las armas que, en justicia, habrían correspondido a Áyax.

Mientras que Fabio Máximo –del que Emilio Paulo, el aristocrático antagonista, aquí ausente, del cónsul popular, es hasta cierto punto una especie de subrogado– ha sido definido por el mismísimo Júpiter como *par ingenium castris togaeque* (6.617), mediante una reformulación a la romana del viejo equilibrio homérico entre destreza en el combate y acierto en las deliberaciones, Varrón es calificado como *prauus togae* (Ariemma 2009, p.260). Y a esta bellaquería suya en lo civil se opone su debilidad en lo militar, de tal manera que sus palabras, como les ocurría a las de Tersites y a las de Drances, carecen de respaldo alguno en hechos de armas, idea implícita en Homero, explícita en Virgilio y recalcada en Silio mediante una hendíadis: *Martemque rudis uersare nec ullo / spectatus ferro* (260-261). De modo semejante, la antítesis virgiliana entre *lingua* y *dextra* (*lingua sperabat adire / ad dextrae decus*, 261-262) se ve inmediatamente amplificada por una oposición análoga: *atque e rostris bella ciebat* (262). El lugar propio de la guerra es, desde luego, el campo de batalla, pero no así el de Varrón, quien, dada su incompetencia castrense, excita la belicosidad de la plebe desde el terreno conveniente a su facundia, que no es otro que la tribuna rostral³³. El senado, objeto de los vituperios con que Varrón inflama asiduamente al vulgo (*infima dum uulgi fouet oblatratque senatum*, 249)³⁴, habría ofrecido un contexto adecuado para un debate entre este y Emilio Paulo parecido a los tenidos entre Tersites y Odiseo y entre Drances y Turno. Pero, al descartar esta posibilidad, al pintar a Varrón como un orador sin escrúpulos ni gestas que lo acrediten, más práctico en la demagogia estrepitosa de los *rostra* que digno de un sereno intercambio de pareceres con su colega –cuya impotencia se refugia en las sombrías conversaciones privadas que mantiene con Fabio Máximo–, Silio Itálico ha actuado en perfecta coherencia con el diseño sobre el que, en pos de Tito Livio, ha basado su relato de las luchas políticas que desembocaron en la derrota de Cannas. Su propósito ha consistido en ofrecer una σύγκρισις más bien maniquea entre Emilio Paulo y Varrón, senado y plebe, prudencia e imprudencia, probidad e improbidad, y no en explorar, como había hecho Virgilio mediante la polémica entre Drances y Turno, las ambigüedades que puedan desdibujar una oposición demasiado rígida entre la palabra y la acción. Esta indagación, como se verá enseguida, ha preferido llevarla a cabo a través del personaje de Anón.

³³ Idea anticipada veinte versos más arriba (*saeuit iam rostris Varro*, 244) que, como se ha notado reiteradamente (Fucecchi 1999, p.327; Narducci 2002, p.299; Ariemma 2009, pp.253-254, 268-71), establece una cierta correspondencia entre el Varrón de Silio y el Cicerón que emplea su facundia contra las dudas de Pompeyo para precipitar la batalla fatal en Lucano (7.62-67). A la vista de esta evocación, sustentada en paralelismos textuales (*saeuus* 64, *rostra* 65), no deja de resultar llamativo que sea precisamente el recuerdo de Cicerón –personaje cuya verbosa inquina contra Marco Antonio ha sido puesta en relación con la de Drances contra Turno (cf. *supra* n.9)– el que sirva para enfatizar mediante una antítesis (*e rostris bella*) el belicismo puramente oratorio de Varrón, alejado, sí, de la prudente cautela de Paulo, pero también del pacifismo interesado de Drances.

³⁴ No otro es, en efecto, el comportamiento de Varrón con respecto al senado y a la plebe que el de los revoltosos retratados por Salustio (*senatum criminando plebem exagitare*, *Cat.*38.1), como bien ha notado Ariemma (2009, p.256).

En el senado de Cartago, Anón, opuesto desde antiguo a la facción de los Barca, representa el papel de Drances³⁵ en dos ocasiones, la primera frente a Géstar, quien defiende el cerco puesto a Sagunto tras la llegada de la legación romana enviada a quejarse por la ruptura de hostilidades (2.270-377)³⁶, y la segunda frente a Magón, el hermano de Aníbal que solicita nuevos auxilios para proseguir la guerra después de la victoria de Cannas (11.501-611). Durante el primero de estos dos debates, Anón afirma que expresará su opinión a pesar de la amenaza de muerte que sobre él se cierne (*mortem licet arma propinquent*, 2.281), con una expresión muy similar a la empleada por Drances (*licet arma mihi mortemque minetur*, *Aen.* 11.348), y establece una oposición entre las ambiciones particulares de Aníbal y el interés general del estado (*sic propria luat hoc poena nec misceat urbis / fata suis*, 301-302) que recuerda a la propuesta por su precursor virgiliano con respecto a Turno (*cedat, ius proprium regi patriaeque remittat*, *Aen.* 11.359). Donde Drances esgrimía a favor de la paz los descalabros sufridos durante la primera fase de los combates (*sat funera fusi / uidimus ingentis et desolauimus agros*, *Aen.* 11.366-367), aduce Anón la aniquilación de la flota cartaginesa en las islas Egades, que determinó el fin de la primera guerra púnica (306-310):

*nos ratibus laceris Scyllaea repleuimus antra
classibus et refluo spectauimus aequare raptis
contorta e fundo reuomentem transtra Charybdin.
respice, pro demens, pro pectus inane deorum,
Aegatis Libyaeque procul fluitantia membra!*

Doce versos más abajo, recurre de nuevo a la *euidencia*³⁷ para describir cómo ‘vio’ a los heroicos soldados romanos actuar con bravura aun en las peores circunstancias (322-324):

*ipse ego Romanas perfosso corpore turmas
tela intorquentis correpta e uulnere uidi,
uidi animos mortesque uirum decorisque furorem.*

Mas Géstar (330-339) contrataca afeándole que exagere el poder del enemigo por miedo (*formidine*, 338), al igual que había hecho con Drances Turno, recordando

³⁵ Los paralelismos textuales que sustentan el parentesco entre ambos personajes comienzan ya con la presentación que hace Silio de Anón *olim / ductorem infestans odiis gentilibus* (2.276-277), que recuerda, como ya notó Bruère (1971, p.31), el *infensus* aplicado en dos ocasiones por Virgilio (*Aen.* 11.123, 336) a la hostilidad de Drances hacia Turno. Gibson (2009, p.69) ha señalado que Géstar (2.330-332) presenta a Anón como *hostis* con trazos del Catilina de Salustio (*Cat.* 1.2), y Catilina ha sido identificado por Hardie (1998, p.245) como uno de los personajes históricos cuyo recuerdo podría haber informado el Drances virgiliano; *vid.* también La Penna (1991, p.116).

³⁶ Evidentemente, la influencia del modelo virgiliano ha movido a Silio a modificar aquí la versión de Livio (21.10), en la que Anón no recibe réplica alguna de Géstar. *Vid.* Gibson 2009, p.68.

³⁷ Acerca de la naturaleza ecfrástica de la descripción hecha por Anón de la derrota de las Egades, *vid.* Manolaraki 2009, pp.309-310.

de paso que la patria de los troyanos había sido vencida dos veces (*ne cessa turbare metu atque extollere uiris / gentis bis uictae*, *Aen.* 11.401-402). Y esta es una refutación muy parecida a la que emplea Géstar cuando, obviando la invitación de Anón a ‘contemplar’ con la memoria el desastre de las Egades (*spectauimus*, 307; *respice*, 309), opta por recordar los reveses romanos que él ‘vio’ en la primera guerra, y concretamente el suplicio de Régulo (340-344):

*uidi ego, cum, geminas artis post terga catenis
euinctus palmas, uulgo traheretur ouante
carceris in tenebras spes et fiducia gentis
Regulus Hectoreae; uidi, cum robore pendens
Hesperiam cruce sublimis spectaret ab alta.*

La diferencia entre su argumentación y la de Turno estriba en que, mientras que los dos saqueos de Troya –a manos primero de Hércules y después de los argivos– mencionados por este son hechos incontestables, la presentación de la crucifixión de Régulo como prueba de la labilidad del poderío de Roma constituye tan sólo una interpretación alternativa de un suceso en el que los propios romanos habían hallado un *exemplum uirtutis Romanae*, un valeroso ejemplo de la *fides* patria opuesta radicalmente a la *perfidia* cartaginesa (Cowan 2007, pp.7-10). No debe, en efecto, escapárenos que esta memoria visual selectiva que Anón y Géstar, dando muestras de su virtuosismo en el empleo de la *euidencia*, esgrimen el uno contra el otro, está tejida de palabras, pues la *euidencia* o ὑποτύπωσις no es otra cosa que *proposita quaedam forma rerum ita expressa uerbis ut cerni potius uideatur quam audiri* (QUINT.*Inst.*9.2.40). Géstar actúa en cierta manera como subrogado de Aníbal (Cowan 2009, p.334n.40), pero, a diferencia de Turno, quien aducía contra las palabras de Drances sus propios hechos de armas –«yo hice»– en los combates precedentes, comenzando por la muerte de Palante (*Aen.* 11.393-397), no puede alegar contra Anón sino hechos por él contemplados –«yo vi»–. Y esto afecta no sólo a lo ocurrido durante la primera guerra sino también al propio Aníbal, a quien, en un pasaje que reelabora aquel en el que Turno incitaba al consejo de los latinos a confiar en los aliados de que podían disponer (*Aen.* 11.429-433), pinta no como comandante probado por sus gestas en el campo de batalla –la toma de Sagunto todavía no se ha producido– sino como un niño en el acto de realizar su juramento contra los romanos –que como todo juramento aún no plenamente cumplido consiste, claro, en meras palabras– (347-352):

*indole non adeo segni sumus: aspice, turmae
quot Libycae certant annos anteire labore
et nudis bellantur equis; ipse, aspice, ductor,
cum primam tenero uocem proferret ab ore,
iam bella et lituos ac flammis urere gentem
iurabat Phrygiam atque animo patria arma mouebat.*

La disputa entre Anón y Géstar no se ha planteado, pues, en términos de *uerba* frente a *facta* —«tú hablas» / «yo hago»—, tal como había propuesto Turno su propia contienda con Drances, sino más bien en términos de *uisa-uidenda* frente a *uisa-uidenda* —«yo vi esto, tú mira esto» / «yo vi esto otro, tú mira esto otro»—, y de tal manera que lo presuntamente visto se revela, a la postre, como lo efectiva e interesadamente dicho. No hallamos, por consiguiente, en este primer debate de Anón la antítesis *lingua / dextra* empleada por Virgilio para contraponer —y, al cabo, confundir hasta cierto punto— a Drances y a Turno, que sí aparece, como se recordará, en el retrato que hace Silio de Varrón y también, como ahora se verá, en el altercado de Anón con Magón, aunque comprometida ya por la ambigua retórica de la *euidencia*.

Enviado por su hermano a reclamar al senado cartaginés los medios necesarios para proseguir los combates, Magón se sirve, en efecto, de la *euidencia* para poner ante los ojos de su audiencia una pintura sucinta pero efectista de la victoria de Cannas, triunfo que, como queriendo refutar la descripción del desastre de las Egades hecha por Anón durante su enfrentamiento con Géstar, presenta como anulación definitiva de la derrota sufrida en la primera guerra (11.521-526):

*uidi cum turbine saeuo
Ausonia et sonitu bellantis fusa per agros
uni terga daret. uidi cum Varro citato
auferretur equo, proiectis degener armis.
quin et magnanimum perfosso corpore telis
strage super socium uidi te, Paule, cadentem.*

La anáfora *uidi ... uidi ... uidi* no sólo refuerza la credibilidad de la imagen que, como testigo presencial, ofrece Magón a sus oyentes, sino que sirve para enlazar la deliberación que en estos momentos tiene lugar en el senado con la protagonizada con ocasión del asedio de Sagunto por Anón y por Géstar, que habían empleado ya la repetición *uidi ... uidi* (2.323-324, 340-343) intensificada ahora por el hermano de Aníbal (Manolaraki 2009, p.314n.74). Que el receptor privilegiado de su discurso es, de hecho, el mismo Anón que se había opuesto a Géstar queda meridianamente claro poco más abajo, cuando lo increpa directamente (545-547)³⁸:

*Iamne tibi dextras inceptaque nostra probamus?
iam fas Dardanio me non seruire colono?
anne iterum Hannibalem dedi placet?*

Por primera vez, se oponen a las palabras de Anón los logros de las *dextrae* de los Barca —o, en general, de las de cuantos han seguido a Aníbal—, mas la *dextra*

³⁸ Al describir primero lo que él ha visto (la batalla de Cannas) para invitar después a su contrincante a que mire lo que debe mirar (la diestra victoriosa de Aníbal), Magón repite el esquema *uisa-uidenda* empleado por Anón para evocar la derrota de las Egades (*spectauimus ... respice*, 2.307-309) y por Géstar para rememorar el suplicio de Régulo (*uidi ... uidi*, 2.340-343) e incitar después a aquel a que se fije en el poder de las tropas cartaginesas y en el propio Aníbal (*aspice ... aspice*, 2.347-349).

del comandante queda enseguida individualizada cuando Magón, tras exhortar a su adversario a que permita que la *inuidia* ceda al fin ante los triunfos de su hermano (547-550), la señala como responsable última de la victoria sobre Roma, como si el mismo Aníbal estuviera allí presente y su enemigo pudiera ver su mano (550-552):

*dextra en, en dextera, quam tu
Aeneadis lacerare dabas, et litora et amnes
et stagna et latos impleuit sanguine campos.*

Pero es precisamente el hecho de que Magón, actuando, al igual que había hecho Géstar, como subrogado de Aníbal, insista en ponderar las proezas de la mano de este lo que da pie para que Anón active en provecho propio la oposición *lingua / dextra* utilizada por Virgilio para informar la controversia de Drances y Turno (555-557):

*Talia uesani iuuenis conuicia miror
haud equidem: tumet ingenio, fraternaque corda
non tarde agnoscas et uirus futille linguae.*

Frente a los *facta* esgrimidos por Magón, Anón lo presenta a él, y *a fortiori* a Aníbal, del que su hermano menor sería, según se infiere de sus palabras, una pálida imitación, como hombre de inventiva (*ingenio*, 556) y de ‘lengua’³⁹. Y vuelve enseguida sobre esta idea intentando hacer ver, con mordaz ironía, que las grandes gestas anunciadas por Magón, lejos de reflejar cabalmente la realidad de la situación, son más bien producto de su ‘boca soberbia’ (578-583)⁴⁰:

*atque adeo, qui tanta superbo
facta sonas ore et spumanti turbine perflas
ignorantium aures, dic, en, germanus in armis
ille tuus par Gradiuo, per saecula tellus
cui similem numquam ductorem in bella creauit,
moenia Romuleae cur nondum uiderit urbis?*

³⁹ En el *uirus futille linguae* del v. 557 ha hallado Spaltenstein (1990, p.144) «une notation arbitraire», puesto que la idea está ausente del discurso de Anón en Livio (23.12), pero esta resulta perfectamente pertinente si tenemos en cuenta que Silio retoma la oposición *lingua / dextra* empleada por Virgilio. Hay, además, aquí un eco del *consiliis habitus non futilis auctor* referido por el Mantuano a Drances (*Aen.* 11.339), que bien podría entenderse como un subrepticio homenaje de Anón a su precursor virgiliano.

⁴⁰ En el *spumanti turbine perflas* del v. 579, el empleo del *perflare*, para el que Spaltenstein (1990, p.145) no encuentra paralelos podría, quizás, entenderse, en concurrencia con el *superbo* del v. 578, como un desarrollo un tanto audaz de la equivalencia entre *flatus* y *superbia dictis* que se halla en Valerio Flaco (3.699), máxime si tenemos en cuenta que Drances había empleado el vocablo *flatus* para referirse a las presuntas amenazas de Turno (*det libertatem fandi flatusque remittat*, *Aen.* 11.346). En cuanto al *turbine*, si, como cree Spaltenstein (*ib.*) sobreentendiendo *uerborum*, se trata de «un développement naturel de l'idée de ‘tempête de mots’», podría encerrar un eco del *tona eloquio* lanzado por Turno contra Drances (*Aen.* 11.383), pero acaso también del *uentosa ... lingua* (*Aen.* 11.390) proferido igualmente por el Rútulo.

En parte, al menos, tiene razón. No porque la victoria de Cannas sea un hecho dudoso ni porque la descripción interesadamente hecha por Magón sea inexacta, sino porque, como bien ha puesto de manifiesto Manolaraki (2009, p.314), la intervención de este ante el senado cartaginés se produce inmediatamente después de que Aníbal y sus hombres hayan caído en la molicie propiciada por las delicias de Capua. Lo equívoco de la *euidentia*, que en el caso de la contienda con Géstar residía en el hecho de que tanto este como Anón elegían los episodios de la primera guerra que convenían a su argumentación –respectivamente, la muerte de Régulo y la derrota de las Egades–, nace aquí del desplazamiento temporal entre los sucesos descritos por Magón y el momento en que la descripción se produce. El ejército cartaginés corrompido en Capua no es ya el mismo que triunfó en Cannas, y por lo tanto Anón no anda desencaminado del todo cuando ve en los hechos narrados por Magón un relato verbal sin apoyo en la realidad de las cosas, como tampoco cuando ve en el desastre sufrido por los romanos el comienzo de su fatal recuperación (11.571-574). Así, Anón, que ha intentado invertir torticeramente los papeles haciendo aparecer a Magón como un Drances, como un hombre de *lingua*, vuelve a ocupar él mismo el lugar de Drances cuando, de modo semejante a como hace este al postular el duelo singular entre Eneas y Turno que, a pesar de las dilaciones, habría de poner fin a la *Eneida*, predice el curso que, en efecto, habrían de tomar los acontecimientos a medida que avance la acción de las *Púnicas*; pronóstico que no le ahorra, como tampoco se la había ahorrado a Drances, una tumultuosa derrota en el debate⁴¹.

4. VALERIO FLACO

En el libro tercero de las *Argonáuticas*, Valerio Flaco reelabora el relato de la separación de Heracles de sus compañeros de travesía que se encuentra en Apolonio de Rodas, y lo hace para introducir un debate entre los Minias que claramente se inserta en la tradición que venimos recorriendo. En la versión griega (1.1273-1344), el abandono de Heracles, que se había internado en los montes de Misia tras haber perdido de vista a su favorito Hilas, raptado por las ninfas de una fuente, se producía por descuido de los argonautas, y sólo cuando estos se percataban de su ausencia tenía lugar la disputa suscitada por la pretensión de Telamón de que regresaran a buscarlo, a la que ponía fin el dios marino Glauco haciéndoles saber que no era designio de Zeus que el Alcida llegara a la Cólquide. En Valerio Flaco (3.617-627), es Jasón quien, ante la tardanza de Hércules, decide preguntar a sus camaradas si consideran

⁴¹ En el caso de Anón, es la indignada reacción de la mayoría del senado lo que precipita el final de la polémica (11.601-612), como ya había ocurrido cuando, en su disputa con Géstar, había propuesto entregar a Aníbal a los romanos (2.378-380). La derrota de Drances frente a Turno es, en cambio provocada por un hecho externo, cuando la inesperada llegada del mensajero que anuncia el avance de Eneas interrumpe abruptamente la discusión (*Aen.* 11.445-452).

oportuno proseguir el viaje sin él o continuar esperando. Inmediatamente, la reacción de los Minias es relatada por el narrador como sigue (628-636):

*dixerat. at studiis iamdudum freta iuuentus
 orat inire uias: unum tanto afore coetu
 nec minus in sese generis dextrasque potentes
 esse ferunt. tali mentem pars maxima flatu
 erigit et uana gliscunt praecordia lingua:
 saltibus ut mediis tum demum laeta reducit
 cerua gregem, tum gestit aper reboatque superbis
 comminus fursa lupis, cum sese Martia tigris
 abstulit aut curuo tacitus leo condidit antro.*

En esta respuesta ha encontrado Schenk (1986, p.13) un resuelto deseo de gloria que oponer a la resignación de Jasón ante el hado⁴², pero no debe escapársenos que, como ha señalado Manuwald (1999, p.247), el narrador se preocupa de subrayar la falta de fundamento de la actitud de los argonautas. En efecto, la confianza de estos en que ni por su linaje ni por el poder de sus ‘diestras’ (*dextrasque potentes*, 630) son inferiores a Hércules es desautorizada enseguida por aquel con un comentario acerca de su soberbia hinchazón (*flatu*, 631) y de la vanidad de su lengua (*vana ... lingua*, 632), remachado por un símil que compara su petulante arrojo con el mostrado por las fieras menores cuando no están presentes el tigre o el león (633-636; *vid.* Gärtner 1994, pp.121-122). El narrador caracteriza, pues, a los Minias como hombres de *lingua* a pesar de que ellos se ven a sí mismos como hombres de *dextra*, y la activación de esta antítesis, explotada tanto por Virgilio como por Silio Itálico, da paso a la polémica entre Telamón y Meleagro.

En Apolonio de Rodas (1.1289-1301), los reproches de Telamón al Esónida son contrarrestados por los Boréadas, quienes ‘con duras palabras’ (*χαλεποῖσιν ... ἔπεσσιν*, 1301) evitan que el Eácida consiga su propósito de hacer que la Argo regrese a Misia en busca de Heracles. Pero, como estas ‘duras palabras’ no nos son transmitidas, no hay en la versión griega un debate efectivo como el que, reescribiendo de manera bastante libre el habido en la *Eneida* entre Drances y Turno, introduce en su poema Valerio Flaco.

⁴² Es cierto que Jasón se ha remitido a un oráculo delfico que le habría anunciado que habría de perder a Hércules antes de llegar a las Simplégades (617-621), pero es evidente que la mención de esta profecía—de la que, por lo demás, no se sabe nada ni por Valerio Flaco ni por otras versiones de la saga—está encaminada a hacer que los Minias se inclinen por seguir sin el Tirintio. En consecuencia —y aun cuando es Juno quien envía los vientos propicios que invitan a hacerse a la mar (611-612)— resulta difícil eximir a Jasón de la responsabilidad que le cabe en el cambio de actitud de los argonautas, cuya lealtad a Hércules permanecía firme pocos versos antes (*sociis immota fides, Austrisque secundis / certa*, 601-602). Tal parece que, subrepticamente, Valerio haya querido hacer buena la injusta acusación lanzada en Apolonio por Telamón contra el capitán, a quien afeaba que hubiera muñado el abandono de Heracles para que no le ‘hiciera sombra’ (*ὄφρα τὸ κείνου κῦδος ἂν’ Ἑλλάδα μὴ σε καλύψῃ*, 1292). A este respecto, la lectura de Lüthje (1971, pp.118-119) nos resulta más convincente que las interpretaciones exculpatorias propuestas por Garson (1963, pp.263-264) y por Barich (1982, pp.50-51).

La disputa comienza cuando Telamón, fiel a su amistad con Hércules (*pius*, 637) y al papel de valedor de este que le había otorgado el Rodio, invoca, sí, la lealtad debida a cualquier camarada (*nil se super Herculi fari / sed socio quocumque*, 641-642), pero opone enseguida la augusta singularidad del Tirintio (*non alium Alciden, non pectora tanta / posse dari*, 644-645) al fatuo igualitarismo de los argonautas. Es esta idea –más aún que la de la fidelidad entre *socii*, subrayada por Lüthje (1971, p.120) y por Schenk (1986, p.18)– la fundamental de un brevísimo discurso que ocupa apenas cinco versos en estilo indirecto (641-645)⁴³. Al punto se encuentra el Eácida con un antagonista formidable, que no es otro que Meleagro (645-649):

*rursum instimulat ducitque fauentes
magnanimus Calydone satus, potioribus ille
deteriora fouens semperque inuersa tueri
durus et haud ullis umquam superabilis aequis
rektorumue memor.*

La intervención de Meleagro, a quien no se le asigna este papel en ninguna de las fuentes conocidas⁴⁴, le sirve a Valerio para establecer una σύγκρισις entre el tipo del *socius* incondicionalmente leal, encarnado por Telamón, y el del demagogo diestro en incitar y encauzar el favor de la mayoría (*instimulat ducitque fauentes*, 645)⁴⁵. Y el Enida se revela, además, como un consumado orador frente a la parquedad expresiva del Eácida. A lo largo de una prolija *suasoria* (649-689) –sobre cuya calidad retórica han llamado la atención Garson (1963, pp.255-266) y Barich (1983, p.22-23)– no exenta de lisonjeras *captationes benevolentiae* dirigidas ya a Jasón (649-651), ya a los Minias (679-682), sostiene que han perdido un tiempo precioso que podría haberlos hecho alcanzar ya la Cólquide y que la demora retrasa el anhelado retorno a la patria (652-662); que Juno, fiel a su inquina contra Hércules, lo habrá apartado de la expedición para seguir abrumándolo con los trabajos que le impone por medio de Euristeo (663-666); que el propio Alcida habrá despreciado compartir su ya consolidada fama con los argonautas (676-678); que estos han buscado bastante al desaparecido, y él, Meleagro, como el que más (683-687). Reserva,

⁴³ En efecto, Hércules constituye en Valerio Flaco un tipo de héroe solitario y anticuado, difícil de insertar en una comunidad como la de los Minias. No en vano lo representa este poeta como matador sobrehumano del monstruo marino que pretende devorar a Hesíona, gesta que lleva a cabo con la ayuda más bien insignificante de Telamón (2.451-549), y del águila que atormenta a Prometeo, hazaña que realiza después de ser abandonado (5.154-175) –episodios ambos que no se hallan en Apolonio de Rodas–. *Vid.* Hershkowitz 1998, p.149.

⁴⁴ En Apolonio (1.1300-1301) les correspondía llevarle la contraria a Telamón a los hijos de Bóreas, y Flaco parece aludir a esta versión cuando identifica a Calais como principal sostenedor de la opinión de Meleagro (3.691-692), en un pasaje que, como han sugerido Malamud y McGuire (1993, p.196), podría evocar además el relato de Propercio (1.20.25-30) acerca del frustrado intento de violación de Hilas perpetrado por los Boréadas.

⁴⁵ La inveterada inclinación de Meleagro a defender la causa peor (646-649) parece aludir a un episodio posterior de la vida de este héroe, quien, tras la famosa cacería del jabalí de Calidón, discutió con sus tíos maternos, porque estos consideraban deshonoroso que compartiese los despojos de la fiera con Atalanta, y los mató (OV.*Met.* 8.432-439; APOLLOD.1.8.2).

no obstante, el lugar central de su discurso para el argumento esgrimido ya por la mayoría en su respuesta colectiva a la consulta del Esónida acerca de la prosecución del viaje (667-675):

*non datur haec magni proles Iouis, at tibi Pollux
stirpe pares Castorque manent, at cetera diuum
progenies nec parua mihi fiducia gentis.
en egomet quocumque uocas sequar, agmina ferro
plura metam, tibi dicta manus, tibi quicquid in ipso
sanguine erit iamque hinc operum quae maxima posco.
scilicet in solis profugi stetit Herculis armis
nostra salus. nempe ora aeque mortalia cuncti
ecce gerunt, ibant aequo nempe ordine remi.*

Nadie, ni siquiera el Tirintio, es imprescindible. Donde los Minias habían vindicado la nobleza de su prosapia (*generis*, 630), no inferior a la de Hércules, aduce Meleagro la de Cástor y Pólux –engendrados, al igual que el Tirintio, por Júpiter–, la de los demás hijos de dioses presentes entre la tripulación de la Argo y la suya propia⁴⁶. Donde los Minias habían mostrado confianza en el poder de sus diestras (*dextrasque potentes*, 630), no inferior al de las de Hércules, afirma Meleagro haber consagrado su ‘mano’ (*manus*, 671) a Jasón⁴⁷. El pasaje principal de la *suasoria* del Calidonio, quien en ningún momento ejerce con mayor ahínco sus dotes de demagogo, está pues, constituido por una reelaboración retórica del argumento de la mayoría (*pars maxima*, 631). Y, puesto que los Minias han sido descalificados por el narrador como hombres de lengua a pesar de que ellos se han retratado a sí mismos como hombres de mano, difícilmente se podrá evitar reconocer en este facundísimo Meleagro, que se presenta a sí mismo como hombre de mano, un hombre de lengua. Pertenece, pues, a la estirpe de Tersites y de Drances, no sólo porque su locuacidad carece de apoyo en hechos de armas concretos –él mismo admite que, a diferencia de Hércules, el resto de los argonautas son héroes bisoños (*uos, quibus et uirtus et spes in limine primo*, 679)– sino también porque, al igual que habían hecho estos frente a Agame-

⁴⁶ En el *nec parua mihi fiducia gentis* del v. 669 –como ya antes en *tutusque manerem / quis genitor materque locis* (659-660)– hay una nota de ironía trágica, pues el lector conocedor del mito de Meleagro sabe que será precisamente Altea, madre de este, quien, anteponiendo el amor fraterno al filial, provocará la muerte de su hijo en venganza por el asesinato de sus hermanos (Ov.*Met.* 8.445-525; APOLLOD. 1.8.3). Más adelante, Valerio hace que Hilas profetice el triste final del Enida como si de un castigo por su papel en el abandono de Hércules se tratara (4.33-34), reescribiendo la noticia de Apolonio (1.1302-1309) acerca del castigo de los Boréadas; *vid.* Happle (1957, p.186) y Adamietz (1976, p.53n.53).

⁴⁷ Por su corpulencia, Meleagro ha sido presentado ya en el catálogo de los argonautas como émulo potencial de Hércules (1.434-435). Pero es, en realidad, un émulo frustrado, como se pondrá de manifiesto cuando Hilas, tras anunciar el lamentable fin que le está reservado al Enida, vaticine la apoteosis del Alcida (4.35-36). Este paralelismo antitético que establece Valerio entre ambos se ve reforzado por el hecho –notado por Happle (1957, p.188)– de que Meleagro, al esgrimir en su discurso la nostalgia del hogar y de la familia (3.654-660), evoca el argumento utilizado por Hércules para impulsar a los Minias a que abandonen a las lemnias y prosigan su viaje (2.376-377).

nón (*Il.*2.233-238) y frente a Turno (*Aen.*11.359), pretende erigirse en portavoz del interés general⁴⁸. No otro papel le reconoce Telamón cuando, en lugar de buscar un enfrentamiento personal con él como el que tenía con Jasón el Telamón de Apolonio, rubricado por una frustrada agresión contra Tifis (1.1289-1297), da rienda suelta a una indignada alocución –referida esta vez en estilo directo– que, antes de concluir con una apelación al Esónida (707-714), tiene por destinatarios a todos y a cada uno de los argonautas (697-706):

*'quis terris pro Iuppiter' inquit 'Achaeis
iste dies! saeui capient quae gaudia Colchi!
non hi tum flatus, non ista superbia dictis,
litore cum patrio iam uela petentibus Austris
cunctus ad Alciden uersus fauor: ipse iuuaret,
ipse ducis curas meritosque subiret honores.
iamne animis, iam[ne] gente pares? aequae inclita uulgi
dextera? nulla fides, nulli super Hercule fletus?
nunc Porthaonides, nunc dux mihi Thracia proles?
aspera nunc pauidos contra ruit agna leones?'*

Mas, mientras que Meleagro puede ser, hasta cierto, punto, un Tersites o un Drances, Telamón no es ni un Odiseo ni un Turno. Carece tanto de la energía del primero para hacer callar al insolente como de la habilidad retórica del segundo para volver contra su contrincante las mismas palabras por él utilizadas. La fuerza de la razón que lo asiste no nace de la destreza con que es capaz de responder a Meleagro –al que ni siquiera se dirige en segunda persona, y cuyo nombre relega a una pregunta retórica de evidente respuesta negativa (*nunc Porthaonides, nunc dux mihi Thracia proles?*, 705)⁴⁹– sino de la identificación de su discurso con el del narrador. Reprocha, como había hecho este (*tali mentem pars maxima flatu / erigit et uana gliscunt praecordia lingua*, 631-632), la soberbia palabrería de los argonautas (*non hi tum flatus, non ista superbia dictis*, 699), y, sin rebatir ni uno solo de los demás argumentos de Meleagro, se limita a escandalizarse por el de la igualdad de fuerzas y de linaje, que ha sido sucesivamente propuesto por la mayoría (630-631), refutado por él mismo (644-645) y reafirmado por el Enida (667-672): *iamne animis, iam[ne] gente pares?*

⁴⁸ En los versos con que Valerio introduce el discurso de Meleagro notó Shey (1968, p.103) un eco del retrato homérico de Tersites, eco que, a juicio de Schenk (1986, p.19n.32), llega en todo caso a través de Drances. La comparación llevada a cabo por este estudioso (*ib.*, pp.19-27) muestra que, si hay un Drances en las *Argonáuticas*, este es, en efecto, Meleagro, y lo es bastante más que Perses, el hermano de Eetes cuyos paralelismos con el demagogo virgiliano han sido cuidadosamente señalados por La Penna (1991, pp.132-133). Hay, desde luego, diferencias reseñables, puesto que el Enida habla contra el interés de un héroe ausente –representado, sí, por Telamón– en presencia de un jefe presente al que halaga, mientras que Tersites hablaba contra un rey presente y Drances contra un héroe presente. Por otra parte, la propuesta de Tersites consiste en abandonar la aventura heroica y regresar a la patria, mientras que Meleagro propugna, sí, el retorno, pero una vez que los Minias hayan logrado cumplir la empresa que los lleva a la Cólquide.

⁴⁹ Portaón fue el abuelo paterno de Meleagro. El *Thracia proles* se refiere a Calais, el hijo de Bóreas que ha secundado al Enida en los vv. 691-692, y no a Orfeo como pretende Schubert (1998, p.274).

aeque inclita uulgi / dextera? (703-704)⁵⁰. La respuesta negativa que, desde el punto de vista de Telamón, debe darse a esta pregunta acerca del valor de la *uulgi dextra* está corroborada por el discurso del narrador, que ha descubierto a los argonautas como hombres de lengua tan pronto como ellos se han presentado como hombres de diestra –y que no ahorra en otros lugares del poema comentarios despectivos acerca del *uulgus* (*mutabile uulgus*, 1.761; *uulgi leuitate*, 5.270)–. A mayor abundamiento, la desigualdad con respecto a Hércules que los Minias se obstinan en desconocer se ilustra en el parlamento de Telamón con un paralelismo traído del mundo animal (706) que claramente recuerda el símil empleado previamente por el narrador con idéntica intención (633-637)⁵¹.

El Telamonio se sabe, en todo caso, derrotado, y no es, pues, de extrañar que emplee la palabra, en medida mucho menor que Meleagro, no para rebatir sino para indignarse en vano (*inanes ... iras*, 697), y en última instancia para predecirle igualmente en vano al Esónida, mediante un μέγας ὄρκος de color homérico que tiene casi visos de maldición, lo mucho que habrá de arrepentirse de haber abandonado a Hércules cuando se encuentre en dificultades (706-714)⁵². En el último verso de esta predicción, la oposición *dextra / lingua* reaparece, con una nueva referencia a la inconsistente hinchazón de las palabras soberbias, en términos de *arma* frente a *dicta* (*Herculeas iam serus opes spretique uocabis / arma uiri nec nos tumida haec tum dicta iuuabunt*, 713-714)⁵³, como si se hubiera querido recordar al lector la polaridad que subyace a la polémica entre Meleagro y Telamón, saldada con la derrota del mejor.

⁵⁰ La postura radicalmente aristocrática de Telamón invierte en cierto modo la situación que se halla en la polémica ovidiana entre Áyax y Ulises –sobre la que volveremos más adelante– pues el Telamonio, hombre de acción, es aprobado por el *uulgus* (*Met.* 13.123-124) mientras que el segundo, hombre de palabras, lo es por los *proceres* (*Met.* 13.125-126, 382); *vid.* Duc (1994, p.130) y Hopkinson (2000, p.17). Valerio ha asignado a Meleagro la cercanía al *uulgus* que, como bien ha señalado La Penna (1991, pp.115-116), caracterizaba al Drances virgiliano, y lo ha hecho aun a costa de forzar la realidad –pues los Minias, flor y nata de los héroes griegos, no son exactamente *uulgus*–.

⁵¹ Evoca, asimismo, la soberbia de las bestias menores en ausencia del tigre o del león, aducida en el símil por el narrador, el hecho de que, según Telamón, los argonautas insistan en prescindir de Hércules cuando este ya no está presente, a pesar de que, al principio de la aventura, le ofrecieron comandar la expedición (699-702) –acerca de esta alusión a la versión de Apolonio (1.327-362), en la que, efectivamente, Heracles rechaza tal honor en favor de Jasón, *vid.* Zissos (1999, pp.225-226)–. La simpatía manifestada por Valerio Flaco hacia Telamón, señalada por Kleywegt (1991, pp.233-234), hace, en nuestra opinión, inútiles los esfuerzos de Shey (1968, pp.101-104) por otorgar la sanción narratorial al punto de vista de Meleagro.

⁵² El juramento tiene como modelo aquel por el que Aquiles predice que Agamenón se arrepentirá de haberlo ofendido (*Il.* 1.234-242), de tal manera que, al menos por un instante, Telamón y Jasón se hallan en las posiciones que correspondían respectivamente al Pelida y al Atrida al comienzo de la *Iliada* (Schenk 1986, p.34-39). Y, al igual que Aquiles, Hércules será, en efecto echado de menos cuando los Minias se encuentren en dificultades (*redit Alcidae iam sera cupido*, 4.247).

⁵³ El *arma uiri* del v. 714 –evocado por Júpiter cuando, al comienzo del libro cuarto, se lamenta de que Juno haya privado a Jasón de la compañía de Hércules (*sic arma uiro sociosque ministrat*, 8)– resuena con un eco del *arma uirumque* del incipit de la *Eneida*, como si tanto Telamón como Júpiter quisieran encarnar en Hércules una norma épica virgiliana que, con el abandono de este en Misia, queda dejada de lado. *Vid.* Zissos (2004, pp.339-340) y Río Torres-Murciano (2011, p.239).

Lo peculiar aquí es que, mientras que Turno acababa contagiándose del carácter de hombre de palabras atribuido primeramente a Drances, al igual que les ocurre a Géstar y a Magón en sus confrontaciones con Anón, Telamón constituye hasta el final un tipo completamente opuesto en lo sustancial al de Meleagro. Este, al igual que hacía Drances al abogar por el matrimonio de Eneas con Lavinia, ha defendido la opción más cercana a lo prescrito por el *fatum* (Schenk 1986, p.27), *i. e.* la opción más adecuada para hacer que la acción épica avance hacia su fin; pero, a diferencia del demagogo virgiliano, ha salido victorioso de su enfrentamiento con un oponente que en ningún momento se ha dejado contaminar por sus mañas. Así, mientras que la derrota de Drances ante Turno retardaba, pero no alteraba, la consumación del destino de Eneas⁵⁴, la victoria de Meleagro sobre Telamón contribuye a acelerar la marcha de las *Argonáuticas* hacia una meta que no será ya históricamente trascendente y gloriosa como la de la *Eneida*, sino inmanente al mito y trágica⁵⁵.

No nos ha ofrecido, en todo caso, Valerio Flaco una refinada contienda verbal entre dos personajes menos distintos entre sí de lo que pudiera parecer a primera vista, como las que hemos estudiado en Virgilio y en Silio Itálico, sino una confrontación entre la palabrería infundada de la mayoría, encarnada en Meleagro, y la torpeza expresiva de un Telamón cuya percepción de la realidad está, sin embargo, garantizada por la coincidencia de su punto de vista con el del narrador omnisciente. Y la oposición de un Telamón poco diestro con la palabra, obstinado en su anticuada lealtad y derrotado –pero sostenido por la simpatía del narrador– a un Meleagro elocuente, utilitarista y victorioso –pero menospreciado por la antipatía del narrador– evoca poderosamente la antítesis que se daba entre Áyax –hijo, precisamente, de Telamón– y Ulises en las versiones del juicio de las armas ofrecidas por Píndaro y por Antístenes. Se diría que, a fin de restaurar la validez de la contraposición del hombre de acción al hombre de palabras –desestabilizada por Virgilio y, en pos de este, por Silio Itálico– Valerio ha modelado la disputa entre Meleagro y Telamón sobre estas antiguas lecturas griegas del altercado entre Ulises y Áyax, y que, al identificar estrechamente la perspectiva del Eácida con la del narrador, se ha inclinado por orillar las ambigüedades que, en la reescritura de este célebre episodio mítico llevada a cabo por Ovidio, comprometen el esquematismo maniqueo de raigambre pindárica.

⁵⁴ De modo análogo, las sucesivas derrotas del Anón de Silio Itálico frente a Géstar y frente a Magón no hacen sino retrasar el triste destino de Cartago, que él pronostica y pretende evitar cediendo ante los romanos.

⁵⁵ En el mismo parlamento en que Júpiter se queja del abandono de Hércules, anuncia el castigo con que pagará Medea la traición a su padre (*dabit impia poenas / uirgo nec Aeetae gemitus patiemur inultos*, 4.13-14), y esta es la segunda de una serie de alusiones al terrible final de los amores de Jasón con la Eétide bien conocido desde Eurípides, cuya frecuencia se incrementa extraordinariamente a partir de ahora (1.224-226; 5.338-340, 442-451; 6.45-47, 500-502; 7.111-113, 147-152, 301-306, 310-311, 505-508; 8.20-23, 108, 148, 247-251, 419-424). Acerca de esta deriva trágica del *epos* valeriano, percibida ya por Wetzel (1957, p.173) y por Lüthje (1971, pp.18-19), *vid.* Ripoll (2004), Zissos (2004) y Río Torres-Murciano (2011, pp.243-273).

5. OVIDIO

En el libro décimo tercero de las *Metamorfosis* (1-394), Ovidio había incluido su propia versión del pleito habido entre Áyax y Ulises por las armas de Aquiles, que era un tema bien conocido en las escuelas de retórica de la época⁵⁶. En ella, la argumentación del hijo de Telamón se cimienta, al igual que en Antístenes, sobre la oposición entre hechos y palabras (9-14):

*tutius est igitur fictis contendere uerbis,
quam pugnare manu, sed nec mihi dicere promptum,
nec facere est isti: quantumque ego Marte feroci
inque acie ualeo, tantum ualet iste loquendo.
nec memoranda tamen uobis mea facta, Pelasgi,
esse reor: uidistis enim; sua narret Ulixes.*

Esta oposición fundamental es reiteradamente expresada mediante el encadenamiento de antítesis de significado más o menos equivalente (*uerbis / manu*, 9-10; *dicere / facere*, 10-11; *Marte feroci inque acie / loquendo*, 11-12), y es, además, enriquecida, con el añadido de otras dos oposiciones paralelas: la de la ficción (*fictis*, 9) frente a la realidad (Hopkinson 2000, p.17) y la de lo narrado frente a lo visto (14). Áyax, es, pues, el hombre de hechos verdaderos y vistos frente a Ulises, que es el hombre de palabras, *i. e.* el hombre de hechos fingidos y narrados. Mas la rígida dicotomía establecida aquí por el Telamonio se verá pronto desestabilizada⁵⁷.

No se les ha escapado, en efecto, a varios estudiosos –*e. gr.* Stanford (1954, p.139), Wilkinson (1955, p.231), Due (1974, p.153), Bömer (1982, p.199) y Hopkinson (2000, p.17)– que, en su alegato (5-122), el Áyax de Ovidio muestra bastante facundia –más, desde luego, que el Áyax de Antístenes–⁵⁸. Hay que notar, además, que el Ulises ovidiano dedica en parte su réplica (128-381) no sólo a vindicarse a sí mismo como hombre de acción (211-215, 262-267), sino también a devolverle al Te-

⁵⁶ Es célebre el pasaje de Séneca el Rétor (*Contr.*2.2.8) en que se cuenta cómo Ovidio (*Met.*13.121-122; *Am.*1.2.11-12) había puesto en verso dos lugares de una *suasoria* dedicada al *armorum iudicium* por el retórico M. Porcio Latrón. En el caso del debate ovidiano, y a pesar de Wilkinson (1955, p. 230), la crítica ha tendido a hablar más de *controversia* que de *suasoriae* enfrentadas; *vid.* De Sarno (1986), Galinsky (1975, p.41) y Duc (1994, p.126n.1).

⁵⁷ La reiteración de la oposición en la exhortación a dirimir la controversia mediante la acción y no mediante las palabras, con la que el Áyax concluye su alegato (*denique –quid uerbis opus est?– spectemur agendo!*, 120) anuncia ya cierta confusión irónica entre los dos ámbitos, en la medida en que el gerundio *agendo*, referido primeramente a la opción por los hechos frente a la opción por las palabras, puede evocar en la mente del lector la *actio* judicial-retórica a la que se ha referido el propio Telamonio al comienzo de su alegato (*agimus ... ante rates causam*, 5-6); *vid.* Hardie (2007, pp.392-393). Recuérdese, además, que los dos versos siguientes (*arma uiri fortis medios mittantur in hostes: / inde iubete peti et referentem ornate relatis*, 121-122) son, según noticia de Séneca (*Contr.*2.2.8), reescritura poética de un pasaje del *armorum iudicium* de Latrón (*mittamus arma in hostes et petamus*).

⁵⁸ Duc (1994, pp.127-128) afirma que, de los dos discursos, es precisamente el de Áyax el que más rígidamente se ajusta a los esquemas propuestos por la preceptiva retórica.

lamonio la acusación de ser hombre de palabras que este le ha hecho –retorsión que no procuraba en ningún momento el Odiseo de Antístenes–. Así, al preguntarse por la inacción de Áyax a la hora de evitar el retorno a Grecia propuesto por Agamenón (Il.2.110ss.), recalca la inclinación de aquel a pronunciar ‘grandes palabras’ (*cur non arma capit, dat, quod uaga turba sequatur? / non erat hoc nimium numquam nisi magna loquenti*, 221-222), y otro tanto hace a propósito del robo del Paladio (*ubi sunt ingentia magni / uerba uiri?*, 340-341)⁵⁹. Acusa, además, al Telamonio de vituperarlo a él mismo y al resto de los aqueos con su ‘torpe lengua’ (*stolidae conuicia fundere linguae*, 306). De esta manera, la oposición entre hombre de palabras y hombre de acción se ve desequilibrada no sólo porque, como ocurría en la contienda entre Drances y Turno, el que se ha presentado a sí mismo como hombre de hechos revela en su parlamento una considerable habilidad retórica, sino también porque, como sucederá en la polémica de Anón con Magón, el hombre de palabras intenta hacer aparecer como hombre de palabras a su contrincante.

Mas Ulises no se limita a volver contra su rival la estricta antítesis entre palabras y hechos postulada por este, sino que, a la hora de caracterizarse a sí mismo, parece querer restablecer el equilibrio homérico entre capacidad para el consejo y destreza marcial: *longa referre mora est, quae consilioque manuque / utiliter feci spatiosi tempore belli* (205-206)⁶⁰. Es de notar, en efecto, que, tanto aquí como en un pasaje posterior en que utiliza las palabras *manus* y *dextera* para referirse por metonimia a la pericia exclusivamente guerrera de Áyax, no coloca frente a la mano y la diestra la lengua, evitando así una contraposición ligada a una visión negativa del Ítaco desde el *Filoctetes* de Sófocles, sino términos como *ingenium* y *mens* –que pueden traducir el homérico μῆτις, como *consilium* puede traducir βουλή– y *animus* y *pectora* –que pueden traducir los homéricos θυμός y ἦτορ– (361-369)⁶¹:

*tibi dextera bello
utilis, ingenium est, quod eget moderamine nostro;
tu uires sine mente geris, mihi cura futuri;
tu pugnare potes, pugnandi tempora mecum
eligit Atrides; tu tantum corpore prodes,
nos animo; quantoque ratem qui temperat, anteit
remigis officium, quanto dux milite maior,
tantum ego te supero. nec non in corpore nostro
pectora sunt potiora manu: uigor omnis in illis.*

Frente a la estricta antítesis entre hechos y palabras propuesta por Áyax, propia de una tradición claramente desfavorable a Ulises, este ha empleado una argumenta-

⁵⁹ La habilidad de Ulises para la retorsión ha sido notada por Hopkinson (2000, p.18n.70) a propósito de los lugares (224, 237) en que el Ítaco hace recaer sobre Áyax la acusación de cobardía que este le había inferido (81, 112, 115).

⁶⁰ Vid. supra n. 4.

⁶¹ La antítesis *lingua / dextera* es, en cambio, utilizada por Ovidio en el reproche que le hace Hércules al Aqueloo: *melior mihi dextera lingua. / dummodo pugnando superem, tu uince loquendo* (*Met.* 11.29-30).

ción doble. Por un lado, ha desestabilizado tal antítesis haciendo ver que él, Ulises, se ha comportado a lo largo de la guerra también como hombre de hechos, y que Áyax no es en absoluto ajeno al carácter de hombre de palabras que pretende atribuirle a él en exclusiva. Por otro, ha pretendido superar la oposición planteada por el Telamónio reivindicando la antigua complementariedad homérica entre ingenio y aptitud guerrera —que no entre ‘lengua’ y mano’—⁶². Una vez hecho esto, ha afirmado, sí, la superioridad de la capacidad deliberativa sobre la idoneidad para la acción, en el convencimiento de que la segunda necesita siempre de la guía de la primera: *nec non in corpore nostro / pectora sunt potiora manu: uigor omnis in illis* (368-369). Mas, ¿cuál es la postura que adopta Ovidio frente a los planteamientos contrapuestos del Telamónio y del Laertiada?

No han sido pocos los autores que —como Stanford (1954, p.138), Wilkinson (1955, pp.229-230), Otis (1966, pp.283-285), Duc (1994), Fantham (2009, p.38) y Tola (2010, pp.315-316)— han leído como una declaración de parcialidad en favor de Ulises la apostilla del narrador al fallo con el que los aqueos otorgan a aquel las armas, en la idea de que Ovidio —él mismo hombre de palabras— se habría sentido más identificado con el Ítaco que con el Telamónio: *mota manus procerum est, et quid facundia posset, / re patuit, fortisque uiri tulit arma disertus* (382-383). Y es cierto que, a pesar de que otros han preferido hablar de neutralidad (Due 1974, p.154) o de objetividad (Bömer 1982, pp.198-200), se podría percibir aquí cierta predilección del Sulmonés por el *disertus* Ulises⁶³. Parece, sin embargo, que el propósito del autor de las *Metamorfosis* no ha estribado tanto en identificar la posición del narrador con la de uno de los contendientes —cosa que hará de manera bastante más clara Valerio Flaco en el caso de Telamón contra Meleagro— como en propiciar una reflexión acerca de las ambigüedades que ponen en tela de juicio la validez de la distinción neta entre palabras y hechos.

En los versos 382-383, Ovidio ha sustituido la antítesis radical entre palabras y hechos formulada por Áyax por una relación causal: la elocuencia de Ulises ha provocado que los aqueos le hayan asignado a él, y no al Telamónio, las armas de Aquiles. Así, entre la alocución inicial de Áyax y la apostilla del narrador se ha producido un cambio de planteamiento que recuerda mucho al operado por Gorgias entre la *Defensa de Palamedes*, donde exhortaba por boca del reo a los jueces a atender a los hechos más que a las palabras (ὁμᾶς δὲ χρῆ μὴ τοῖς λόγοις μᾶλλον ἢ τοῖς ἔργοις προσέχειν τὸν νοῦν, fr. 11.34 Diels-Kranz), y el *Encomio de Helena*, donde enfatizaba el poder de la palabra para llevar a cabo, mediante la persuasión, ‘hechos divinos en grado sumo’ (λόγος δυνάστης μέγας ἐστίν, ὃς μικροτάτῳ σώματι καὶ ἀφανεστάτῳ θειότατα ἔργα ἀποτελεῖ, fr. 11a.8 Diels-Kranz). Son sin embargo genuinamente ro-

⁶² A remitir al lector al Odiseo homérico, capaz para el consejo y para la guerra, y no al inescrupuloso hombre de lengua de Píndaro, contribuye también el recuerdo del castigo de Tersites (*ausus erat reges incessere dictis / Thersites etiam, per me haut inpune proteruis*, 232-233).

⁶³ Incluso Hopkinson (2000, pp.17-18), quien contempla por un momento la posibilidad de referir el *fortisque uiri* del v. 383 a Áyax y no a Aquiles, parafraseando «Ulises carried off the arms which ought to have been granted to Ajax» (p.18n.68), termina inclinándose por la interpretación favorable al Ítaco.

manos los términos más bien prosaicos *–facundia / res*⁶⁴– con los que el narrador de las *Metamorfosis*, desechando tanto la contraposición *uerba / facta* –con la que podría traducir la de los vocablos griegos *λόγος / ἔργον*– como las metonimias poéticas del tipo *lingua / manus*, expresa ahora la relación entre palabras y hechos. Invirtiendo la relación temporal de los hechos sobre las palabras bien establecida en el ámbito de la retórica por la antigua máxima catoniana *rem tene, uerba sequentur* (*Ad fil.* fr.15 Jordan), propone Ovidio un *post hoc ergo propter hoc* que trastoca la sucesión contemplada por Horacio en el *Arte poética*: *cui lecta potenter erit res, / nec facundia deseret hunc, nec lucidus ordo* (40-41). Evocando una formulación ciceroniana de este mismo principio (*rerum enim copia uerborum copiam gignit, De orat.* 3.125), podría decirse que, según Ovidio, son las palabras las que generan los hechos, y no al revés⁶⁵. El corolario es que las nítidas distinciones establecidas por Áyax al comienzo de su discurso no pueden ser ya sostenidas de manera no problemática: si los hechos son producto de las palabras, ni la realidad puede ser claramente deslindada de la ficción ni lo visto de lo narrado. El propio Telamónio, a pesar de haber negado la necesidad de contar sus hazañas ante quienes han sido testigos presenciales de estas (*nec memoranda tamen uobis mea facta, Pelasgi, / esse reor: uidistis enim; sua narret Ulixes*, 13-14), ha dedicado su discurso, como Ulises, a intentar convencer a sus oyentes de que acepten una versión de los hechos construida con palabras⁶⁶.

6. CONCLUSIONES

En la *Eneida*, la distinción entre hombre de palabras y hombre de acción sobre la que se estructura el debate entre Drances y Turno queda desestabilizada de manera implícita, a medida que el segundo, que hace gala de una más que notable habilidad con la lengua para replicar al primero, deviene incapaz de emplear la mano si no es para suplicar por su vida.

En las *Púnicas*, Silio Itálico se muestra consciente del peligro de contagio que arrostra frente al hombre de palabras el hombre de acción desde el momento en que evita una contienda verbal entre Varrón y Emilio Paulo, preservando al segundo de cualquier posible contaminación con el demagogo. Utiliza, sin embargo, la disputa entre Anón y Magón para explicitar lo que en Virgilio estaba implícito, pues hace que el deslenguado acuse directamente a su contrincante, el presunto hombre de mano, de ser, en realidad, hombre de lengua. Y, tanto en esto como en el modo en

⁶⁴ Nota, en efecto, Hopkinson (2000, p.159) que la palabra *facundia* es rara en poesía excepto en Ovidio.

⁶⁵ A propósito del principio invertido *uerba tene, res sequentur*, restringido por Eco (1985, p.28) al ámbito de la poesía, precisa Albadalejo (2008, p.20) que «no obstante, la narrativa no es totalmente ajena a la posibilidad de que la palabra genere, o contribuya a generar, el asunto de la obra».

⁶⁶ De modo similar a como, ya en el libro anterior (*Met.* 12.210ss.), la narración de la centauromaquia hecha por Néstor se revelaba como una reconstrucción verbal y parcial de los hechos vistos por el anciano (Hopkinson 2000, p.10). Las connotaciones posmodernas de esta interpretación de la apostilla narratorial han sido puestas de manifiesto por Hardie (2002, pp.37-38; cf. Hardie 2012, p.149).

que, mediante la retórica de la *euidencia*, pone de relieve la confusión entre lo visto y lo narrado –en el altercado de Anón con Magón y en el enfrentamiento anterior de aquel con Géstar– se revela deudor de ideas que se encontraban ya en el *armorum iudicium* de Ovidio.

El texto ovidiano es, pues, clave para entender la manera en que Silio, sin llegar a plantear una reconsideración radical de la relación entre palabras y hechos como la llevada a cabo por el Sulmonés al sustituir la vieja antítesis por una sucesión causal, extrema ambigüedades que sólo implícitamente se hallaban presentes en su amado Virgilio. Y también para comprender el modo en que Valerio Flaco, mediante el expediente de identificar la perspectiva del hombre de acción con la del narrador, reconstituye la antítesis tradicional, que sirve a su propósito de problematizar concepciones diversas del *epos*, dejando de lado –pero no desconociendo– las laboriosas tergiversaciones de sus predecesores.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADAMIETZ, J. (1976), *Zur Komposition der Argonautica des Valerius Flaccus*, Múnich, Beck.
- ALBADALEJO, T. (2008), «Imaginar la realidad, imaginar las palabras: ‘anacronópete’ / ‘time machine’», en F. VILCHES VIVANCOS (coord.), *Creación neológica y la sociedad de la imaginación*, Madrid, Dykinson, pp.15-36.
- ALEXANDER, M.C. (2010), «Oratory, Rhetoric, and politics in the Republic», en W. DOMINIK – J. HALL (eds.), *A Companion to Roman Rhetoric*, Malden, Blackwell, pp.98-108.
- ANDERSON, W.S. (1969), *The Art of the Aeneid*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall.
- ARIEMMA, E.M. (2009), «Fons cuncti Varro mali: The Demagogue Varro in *Punica* 8-10», en A. AUGOUSTAKIS (ed.), *Brill’s Companion to Silius Italicus*, Leiden, Brill, pp.241-276.
- AUSTIN, N. (2011), *Sophocles’ Philoctetes and the Great Soul Robbery*, Madison, The University of Wisconsin Press.
- BARCK, C. (1976), *Wort und Tat bei Homer*, Hildesheim, Olms.
- BARICH, M.J. (1982), *Aspects of the Poetic Technique of Valerius Flaccus*, New Haven, diss. Yale University
- BEKKER, I. (1823), *Oratores Attici*, vol. IV 4, Oxford, Clarendon Press.
- BÖMER, F. (1982), *P. Ovidius Naso: Metamorphosen. Buch XII-XIII*, Heidelberg, Winter-Universitätsverlag.
- BURKE, P.F. (1978), «Drances infensus: A Study in Vergilian Character Portrayal», *TAPhA* 108, 15-20.
- BRUÈRE, R.T. (1971), «Some Recollections of Virgil’s Drances in Later Epic», *CPh* 66, 30-34.
- CONNOLLY, J. (2010), «Virile Tongues: Rhetoric and Masculinity», en W. DOMINIK – J. HALL (eds.), *A Companion to Roman Rhetoric*, Malden, Blackwell, pp.83-97.
- COOK, E.F. (1995), *The Odyssey in Athens: Myths of Cultural Origins*, Ithaca, Cornell University Press.
- COWAN, R. (2007), «Reading Trojan Rome: Illegitimate Epithets, Avatars, and the Limits of Analogy in Silius Italicus’ *Punica*», *Oxford University Research Archive*. <http://ora.ox.ac.uk/objects/uuid:11faca95-f158-4cef-a109-48b676c15baf>.

- COWAN, R. (2009), «Virtual Epic: Counterfactuals, Sideshadowing, and the Poetics of Contingency in the *Punica*», en A. AUGOUSTAKIS (ed.), *Brill's Companion to Silius Italicus*, Leiden, Brill, pp.324-351.
- DE SARNO, M.G. (1986), «L'*armorum iudicium*: una controversia nelle *Metamorfosi* di Ovidio?», *AATC* 37, 96-104.
- DUC, T. (1994), «*Postulat, ut capiat, quae non intellegit, arma* (Ov., *Met.* XIII, 295): un discours programmatique?», *Latomus* 53, 126-131.
- DUE, O.S. (1974), *Changing Forms: Studies in the Metamorphoses of Ovid*, Copenhagen, Gyldendal.
- EASTON, S. (2011), «Envy and Fame in Lucan's *Bellum ciuile*», en P. ASSO (ed.), *Brill's Companion to Lucan*, Leiden, Brill, pp.345-362.
- EBERT, J. (1969), «Die Gestalt des Thersites in der *Ilias*», *Philologus* 113, 159-175.
- ECO, U. (1985), *Apostillas a El nombre de la rosa*, Barcelona, Lumen.
- FANTHAM, E. (1999), «Fighting Words: Turnus at Bay in the Latin Council (*Aeneid* 11.234-446)», *AJPh* 120, 259-280.
- FANTHAM, E. (2009), «Rhetoric and Ovid's Poetry», en P. KNOX (ed.), *A Companion to Ovid*, Malden, Blackwell, pp. 26-44.
- FANTUZZI, M. (2012), *Achilles in Love. Intertextual Studies*, Oxford, Oxford University Press.
- FEENEY, D.C., (1990), «The Taciturnity of Aeneas», en S.J. HARRISON (ed.): *Oxford Readings in Vergil's Aeneid*, Oxford, Oxford University Press, pp.167-190 (= *CQ* 33, 1983, 204-219).
- FUCECCHI, M. (1999), «La vigilia di Canne nei *Punica* e un contributo alla storia dai rapporti fra Silio Italico e Lucano», en P. Esposito – L. Nicastrì (eds.), *Interpretare Lucano. Miscellanea di studi*, Nápoles, Arte Tipografica, pp.305-342.
- GALINSKY, G.K. (1975), *Ovid's Metamorphoses. An Introduction to the Basic Aspects*, Berkeley, University of California Press.
- GARSON, R.W. (1963), «The Hylas Episode in Valerius Flaccus' *Argonautica*», *CQ* 13, 260-267.
- GÄRTNER, U. (1994), *Gehalt und Funktion der Gleichnisse bei Valerius Flaccus*, Stuttgart, Steiner.
- GIBSON, B. (2009), «Silius Italicus: A Consular Historian?», en A. AUGOUSTAKIS (ed.), *Brill's Companion to Silius Italicus*, Leiden, Brill, pp.47-72
- GRANDSEN, K.W. (1991), *Virgil: Aeneid, Book XI*, Cambridge, Cambridge University Press.
- HAPPLE, E.M. (1957), *Die drei ersten Fahrtepisoden in den Argonautika des Apollonios Rhodios und Valerius Flaccus*, Friburgo de Brisgovia, diss. Albert-Ludwigs-Universität.
- HARDIE, P. (1998), «Fame and Defamation in the *Aeneid*: The Council of Latins», en H.P. STAHL (ed.), *Vergil's Aeneid: Augustan Epic and Political Context*, Swansea, The Classical Press of Wales, pp.243-270.
- HARDIE, P. (2002), «Ovid and Early Imperial Literature», en P. HARDIE (ed.), *The Cambridge Companion to Ovid*, Cambridge, Cambridge University Press, pp.34-45.
- HARDIE, P. (2007), «Warring Words. Ovid's Contest for the Arms of Achilles (*Met.* 13.1-398)», en M. PAIZI-APOSTOLOPOULOU et al. (eds.), *Contest and Rewards in the Homeric Epics*, Ítaca, Centre for Odyssean Studies, pp.389-397.
- HARDIE, P. (2012), *Rumour and Renown: Representations of Fama in Western Literature*, Cambridge, Cambridge University Press.

- HEINZE, R. (1915³), *Virgils epische Technik*, Leipzig, Teubner.
- HERSHKOWITZ, D. (1998), *Valerius Flaccus' Argonautica: Abbreviated Voyages in Silver Latin Epic*, Oxford, Oxford University Press.
- HEYNE, C. G. (1793³), *P. Virgilio Maronis opera varietate lectionis et perpetua adnotatione illustrata*, t. III, Londres, Rickaby.
- HIGHET, G. (1972), *The Speeches in Vergil's Aeneid*, Princeton, Princeton University Press.
- HOPKINSON, N. (2000), *Ovid: Metamorphoses. Book XIII*, Cambridge, Cambridge University Press.
- JORDAN, H. (1860), *M. Catonis praeter librum De re rustica quae extant*, Leipzig, Teubner.
- KENNEDY, W.J. (2011), *Antisthenes' Ajax and Odysseus*, Sidney, B. A. Hons. diss. The University of Sidney, <http://hdl.handle.net/2123/7963>
- KLEYWEGT, A.J. (1991), «Die 'anderen' Argonauten», en M. KORN – H.J. TSCHIEDEL (eds.), *Ratis omnia uinct. Untersuchungen zu den Argonautica des Valerius Flaccus*, Hildesheim, Olms, pp.225-237.
- KNAUER, G. (1964), *Die Aeneis und Homer*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht.
- LA PENNA, A. (1971), «Spunti sociologici per l'interpretazione dell'*Eneide*», en H. BARDON – R. VERDIÈRE (eds.), *Vergiliana. Recherches sur Virgile*, Leiden, Brill, pp.282-293 (=LA PENNA 1979, pp.153-165).
- LA PENNA, A. (1976), «Fra Tersite e Drance. Note sulla fortuna di un personaggio virgiliano», en R. CHEVALIER, R. (ed.), *Présence de Virgile*, Paris, Les Belles Lettres, pp.347-365 (=LA PENNA 1991, pp.130-153).
- LA PENNA, A. (1979), *Fra teatro, poesia e politica*, Turín, Einaudi.
- LA PENNA, A. (1985a), «Drance», en F. DELLA CORTE (dir.), *Enciclopedia Virgiliana*, vol. II, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, pp.138-140.
- LA PENNA, A. (1985b), «Un Tersite nell'esercito di Alessandro Magno?», en M. RENARD – P. LAURENS (eds.), *Hommages à Henry Bardon*, Bruselas, Latomus, pp.235-243 (=LA PENNA 1991, pp.121-129).
- LA PENNA, A. (1991), *Tersite censurato e altri studi di letteratura fra antico e moderno*, Pisa, Nistri-Lischi.
- LÜTHJE, E. (1971), *Gehalt und Aufriss der Argonautica des Valerius Flaccus*, Kiel, diss. Christian-Albrechts-Universität.
- MCDERMOTT, W.C. (1980), «Drances / Cicero», *Vergilius* 26, 34-38.
- MALAMUD, M.A. - MCGUIRE, D.T. (1993), «Flavian Variant: Myth. Valerius' *Argonautica*», en A.J. BOYLE (ed.), *Roman Epic*, Londres, Routledge, pp.192-217.
- MANOLARAKI, E. (2009), «Silius Natural History: Tides in the *Punica*», en A. AUGOUSTAKIS (ed.), *Brill's Companion to Silius Italicus*, Leiden, Brill, pp.295-321.
- MANUWALD, G. (1999), *Die Cyzicus-Episode und ihre Funktion in den Argonautica des Valerius Flaccus*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht.
- MARKS, J.R. (2005), «The Ongoing *Neikos*: Thersites, Odysseus, and Achilleus», *AJPh* 126, 1-31.
- MUELLER, M. (1969), «Turnus and Hostpur: The Political Adversary in the *Aeneid* and *Henry IV*», *Phoenix* 23, 278-290.
- NAGY, G. (1999²), *The Best of the Achaeans: Concepts of the Hero in Archaic Greek Poetry*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- NARDUCCI, E. (2002), *Lucano. Un'epica contro l'impero*, Roma, Laterza.

- OTIS, B., (1966²), *Ovid as an Epic Poet*, Cambridge, Cambridge University Press.
- PUCCIONI, G. (1985), «Lettura dell'undicesimo libro dell'*Eneide*», en *Saggi virgiliani*, Bologna, Pàtron, pp.137-153.
- QUINN, K. (1968), *Vergil's Aeneid: A Critical Description*, Ann Arbor, The University of Michigan Press.
- RÍO TORRES-MURCIANO, A. (2011), *El restablecimiento de la causalidad épica en Valerio Flaco. Problemas poslucaneos de una epopeya posvirgiliana*, Saarbrücken, Lambert Academic Publishing.
- RIPOLL, F. (2004), «L'inspiration tragique au chant VII des *Argonautiques* de Valérius Flaccus», *REA* 82, 187-208.
- ROISMAN, H.M. (2007), «Right Rhetoric in Homer», en I. WORTHINGTON (ed.), *A Companion to Greek Rhetoric*, Malden, Blackwell, pp.429-446.
- SCHENK, P. (1986), *Die Zurücklassung des Herakles. Ein Beispiel der epischen Kunst des Valerius Flaccus (3, 598-725)*, Stuttgart, Steiner.
- SCHOLZ, U.W. (1999), «Drances», *Hermes* 127, 455-456.
- SCHUBERT, W. (1998), «Orpheus in den *Argonautica* des Valerius Flaccus», en U. Eigler – E. Lefèvre (eds), *Ratis omnia vincet. Neue Untersuchungen zu den Argonautica des Valerius Flaccus*, Múnich, Beck, pp.269-284.
- SHEY, H.J. (1968), *A Critical Study of the Argonautica of Valerius Flaccus*, Iowa City, diss. The University of Iowa.
- SMITH, R.A. (2005), *The Primacy of Vision in Virgil's Aeneid*, Austin, University of Texas Press.
- SPALTENSTEIN, F. (1990), *Commentaire des Punica de Silius Italicus (livres 9 à 17)*, Ginebra, Droz.
- STANFORD, W.B. (1954), *The Ulysses Theme: A Study in the Adaptability of a Traditional Hero*, Oxford, Blackwell.
- TOLA, E. (2010), «*Quid facundia posset /re patuit (Ov.Met.XIII.382-383): las estrategias oratorias de Ulises en el armorum iudicium ovidiano*», *Emerita* 78.2, 299-318.
- TURNEBUS, A. (1564), *Adversaria*, París, Buonius.
- WARMINGTON, E. H. (1936), *Remains of Old Latin*, vol. II, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- WELCKER, F. G. (1829), «Ueber den Aias des Sophokles (Teil I)», *RhM* 3, 43-92.
- WEST, M. L. (2013), *The Epic Cycle. A Commentary on the Lost Troy Epics*, Oxford, Oxford University Press.
- WETZEL, S. (1957), *Die Gestalt der Medea bei Valerius Flaccus*, Kiel, diss. Christian-Albrechts-Universität.
- WILKINSON, L. P. (1955), *Ovid Recalled*, Cambridge, Cambridge University Press.
- ZISSOS, A. (1999), «Allusion and Narrative Possibility in the *Argonautica* of Valerius Flaccus», *CPh* 94, 289-301.
- ZISSOS, A. (2004), «Terminal Middle: The *Argonautica* of Valerius Flaccus», en S. KYRIAKIDIS – F. DE MARTINO (eds.), *Middles in Latin Poetry*, Bari, Levante, pp.311-344.